

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

la muerte acecha en París

joe mogar



SS

SERVICIO SECRETO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

JOE MOGAR

LA MUERTE ACECHA EN PARIS

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.222

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 44.488 - 1973

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1974

© JOE MOGAR - 1974
texto

© MIGUEL GARCIA - 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013 - Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395 - Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.167 - El preso que surgió de la noche.

En Colección CALIFORNIA:

878 - El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912 - Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

814 - Tres revólveres y una mujer.

En Colección KANSAS:

799 - Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583 - Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

601 - Muerte para un cacique.

En Colección ASES DEL OESTE:

672 - Una silla de montar.

CAPÍTULO PRIMERO

La gran urbe, la más cosmopolita del mundo, brillaba como un, ascua de oro.

Consultó el reloj.

Las diez horas, treinta minutos.

Al fondo, brillante, completamente iluminada, la torre Eiffel; en el interior del coche, un taxi, Jeff Burton miró, una vez más, por la ventanilla, pensando velozmente.

Se estaba acercando a su destino, al principio de su destino.

El hotel Parisiën, una *suite* para él solo, sin acompañamiento femenino, lo que para él era una verdadera desgracia, una llamada telefónica, apenas hacía una hora, y el engranaje se había puesto en marcha.

Allí estaba, en un país extranjero, sabiendo positivamente que, si era detenido, su Gobierno declinaría toda responsabilidad.

Se encogió de hombros como había hecho otras veces y en otros lugares y miró hacia adelante.

La inmensa mole de la torre estaba cada vez más cerca, más, mucho más, y se preparó.

Unos minutos más tarde el taxi se detenía. Burton pagó, descendió, y tras lanzar una mirada a su alrededor empezó a andar, como un turista más, y del mismo modo entró en uno de los ascensores.

Poco a poco y más rápidamente después, el armazón metálico de la torre empezó a deslizarse ante sus ojos, hacia abajo, a medida que él subía. Tres, cuatro minutos o tal vez más, pero no muchos, y el ascensor se detuvo.

Las puertas se abrieron y oyó la voz del ascensorista que les comunicaba en francés que habían llegado.

Salió, y al dar el primer paso al exterior, tropezó con algo, hubo un ligero grito femenino y una voz, también en francés:

—Pardon, *monsieur*.

Apenas si tuvo tiempo de hilvanar una excusa; de ver frente a los suyos unos inmensos ojos azules, un pelo rubio, y la mujer, más bien una muchacha, desapareció de su vista en el interior del ascensor que acababa de abandonar, cuyas puertas se cerraron a continuación.

Burton se encogió de hombros, dio unos cuantos pasos, y se acercó a la barandilla metálica que frente a él estaba situada a menos de diez yardas.

Se asomó.

A sus pies, el París de la noche brillaba como un ascua de fuego.

Pero a pesar del espectáculo fascinante que ofrecía, no por eso dejó de consultar por segunda vez su reloj de pulsera.

Todavía tenía que esperar un poco, y el contacto se presentaría, «¿Hombre o mujer?», se preguntó.

Encogió los hombros, como si aquel gesto estuviera muy arraigado en él, e introdujo las manos en los bolsillos de la americana, buscando cigarrillos hasta que los encontró, con algo más.

Un papel.

Los músculos de Burton se tensaron, y con las manos en los bolsillos, antes de sacarlo, miró a su alrededor.

Había varias parejas, que contemplaban el espectáculo de París, lleno de multicolores luces, pero ninguna se fijaba en él.

Lentamente, sin dejar de observar a su alrededor, sacó la mano del bolsillo, desdobló el papel, y lo leyó:

«Rue de Grenelle, a las cero horas cuarenta minutos.
Apartamiento F, piso cinco. No hay ascensor... lo que lamento. No se retrase. Eso está muy cerca del Boulevard de la *Tour* Maubourg. Tome un taxi hasta allí, rebase esa calle y luego retroceda a pie... y tenga cuidado. Buena suerte y destruya este papel sin dejar rastro».

No había firma.

Tampoco lo esperaba.

Y mientras la visión de una larga cabellera rubia y unos ojos azules cruzaba por su mente, junto con un tropezón a la salida del

ascensor, Burton tomó el paquete de cigarrillos, con el encendedor prendió fuego a la nota, y con la nota al cigarrillo.

Dejó que se consumiera entre los dedos; luego lanzó las cenizas al suelo y las desparramó con el zapato, Al terminar, se acodó en la barandilla y por espacio de muchos minutos estuvo contemplando la ciudad que hervía a sus pies y, al terminar con el cigarrillo, dio media vuelta y se encaminó al ascensor. Descendió.

Tenía tiempo sobrado, por lo que entró en un bar, pidió una copa de *bourbon* y se ensimismó en la contemplación de las personas que cruzaban por delante del establecimiento, hasta que finalmente abonó la consumición y salió a la calle.

Burton llegó al Quai d'Orsay y, a la altura del puente des Invalides torció a la derecha, y enfiló el bulevar de la *Tour Maubourg* con cinco minutos de antelación a su cita. Lentamente, llevando el cigarrillo colgado de la comisura de la boca, empezó a retroceder hacia la calle de Grenelle.

Faltaban dos minutos cuando se detuvo frente al portal, tiró la punta al suelo, la aplastó con el pie mientras miraba a su alrededor, y entró.

Empezó a subir, lentamente, procurando no hacer el menor ruido. Se detuvo frente a la puerta F, escuchó, y finalmente, sin vacilación alguna, hundió el pulgar en el botón del zumbador.

Debían estar esperándole porque la puerta se abrió casi al instante, y entonces la vio. Rubia, de ojos grandes, rasgados, nariz fina, clásica.

El cuello moreno, de cisne, y la curva de los redondos pechos, entrevista por el escote de la blusa, y minifalda, dejando al descubierto las piernas largas y perfectas, rematadas en un pie pequeño, calzado con zapato de alto tacón.

Podía ser o no la muchacha que tropezara con él en el ascensor. Podía o no ser una...

No tuvo tiempo de seguir razonando, ya que ella preguntó, en francés:

—¿*Monsieur* Burton?

—Sí, así es. ¿Y tú?

—Me llamo Mireille —repuso ella, aceptando el tuteo, y devolviéndolo—. Pasa y no te quedes ahí. No es prudente.

—¿Qué temes?

—Pasa. Vamos, date prisa.

Y cerró la puerta a espaldas de los dos, cuando Burton cruzó el umbral hacia el interior del apartamento.

—Por aquí.

La siguió, sin dejar de observarla, un tanto fascinado por aquella belleza rubia; joven, muy joven.

—Siéntate... y deja de mirarme de ese modo.

Burton hizo una mueca y siguió la indicación, dejándose caer en uno de los sillones.

Frente a él, Mireille le miró, en silencio, durante tres o cuatro segundos, y finalmente, preguntó:

—¿Qué hiciste con la nota, Burton?

—Le prendí fuego.

—¿Te han seguido?

—No. Por lo menos, yo no vi a nadie.

La rubia miró a su alrededor y, finalmente, inquirió:

—¿Quieres beber algo?

—*Whisky*. ¿Tienes?

—Sí.

Se volvió dando la espalda, entró en una de las habitaciones, y cuando un par o tres de minutos más tarde regresó a su lado, le dio uno de los dos vasos que llevaba en las manos, se sentó frente a él, en otro de los sillones, y cabalgó una pierna sobre la otra.

Sus, muslos eran perfectos, y se sentía fascinado. Hizo un esfuerzo por mirarla a los ojos y sorprendió unas chispitas burlonas en sus pupilas.

—¿Bien, Mireille? —preguntó, más que nada, por romper el silencio.

—Tienes que ir a visitar un museo.

—¿Qué...?

Ella le dedicó una luminosa sonrisa.

—Un museo que se abrirá mañana en la rue de Constantine, frente a l'Esplanade des Invalides, Burton. Hay varios cuadros interesantes. Tienes que fijarte en uno de ellos. Una mujer. El retrato de una mujer. Un retrato de medio cuerpo. Te interesará.

—¿Sólo por la belleza de la dama?

—Eso... no soy yo quien debe decidirlo, sino tú. Pero sea lo que fuere... trata de buscar a la modelo. Es... lo que te trajo aquí, a

París.

—¿Sólo a la modelo?

—Por el momento, sí.

—¿Y más adelante...?

—Tal vez tengas que establecer nuevos contactos, o quizá tu misión aquí, haya terminado.

—¿Así de sencillo?

—Por el momento, como te digo, *monsieur* Burton, sí. Siguieron unos segundos de silencio que ambos aprovecharon para beber, que cortó el propio Burton con una nueva pregunta:

—Si encuentro a la dama, ¿qué debo hacer?

—Recibirás nuevas instrucciones mañana, tan pronto como regreses al hotel.

—¿Tuyas...?

Una vez más, Mireille le dedicó una sonrisa.

—Tal vez sí.

—¿Pero no es seguro?

—No, no lo es.

Burton bebió de nuevo, e inquirió tan pronto como lo hubo hecho:

—¿A qué hora abren ese museo?

—A las nueve, y no cierran hasta las trece horas.

—En cuanto al retrato...

—No te preocupes, Burton, que darás con él, sin necesidad de que te indique nada.

—¿Es un juego?

—No, pero me gusta saber cómo te las vas a componer para saber de cuál se trata. Habrá damas... y varios desnudos. Búscala.

Se puso en pie, y fue entonces cuando Burton se dio cuenta de que ella ya había terminado con su *whisky*.

Apuró el resto del suyo de un solo trago y la imitó, con lo que los dos quedaron en pie, frente a frente, mirándose a los ojos.

—Buenas noches, Burton —dijo ella, bruscamente—. Tal vez nos volvamos a ver, o quizá no.

—Buenas noches, Mireille.

Se volvió en redondo y caminó hacia el pasillo en dirección a la puerta, llevándola detrás.

Con la mano en el tirador, se volvió a mirarla.

—Mireille...

—¿Sí...?

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—No. Por supuesto que no.

Pero el repentino y burlón regocijo que apareció en sus ojos, desmentía sus palabras.

—Es sencillo —repuso Burton—. Me gustaría quedarme aquí.

—¿Esta noche?

—Claro.

—¿Me estás proponiendo que la pasemos juntos?

—¿Y por qué no?

Mireille se echó a reír.

—Esta noche, no, Burton. Sería ir a demasiada velocidad. Lo siento, querido. Me gustaría, ésa es la verdad, pero no esta noche. ¿Te marchas?

No replicó; de nuevo dio la espalda, abrió la puerta, cruzó el umbral y se alejó por el pasillo en dirección a la escalera, sin volver la cabeza ni una sola vez.

Tres cuartos de hora más tarde, Burton cruzaba el *hall* del hotel, dirigiéndose hacia uno de los ascensores. Subió hasta el quinto piso y, llaves en mano, se acercó a la *suite* que ocupaba.

La introdujo en la cerradura, la hizo girar y entró, cerrando a su espalda.

Apenas si tuvo tiempo de hacerlo cuando algo le golpeó la nuca. La cabeza le pareció explotar en mil pedazos y cayó de rodillas, trató de volverse, y el segundo golpe le sumió en la inconsciencia.

CAPÍTULO II

Stella Sterling, sentada en la barra, sobre uno de los taburetes, cruzando una pierna sobre la otra, frente a un Manhatan, clavó los ojos en la figura de Burton, cuando cruzó por delante de la cristalera que separaba el bar del hotel, del *hall*, y le siguió hasta que le vio entrar en el ascensor.

Sólo entonces volvió la cabeza en dirección al vaso, y sus ojos grandes, rasgados, pardos y brillantes se detuvieron, fijos, muy fijos, en el licor, pensando.

Meditando en todo aquello.

Diciéndose en mente que aquél tenía que ser, forzosamente, el hombre venido de Washington, del propio Washington, para tratar de...

Una voz masculina, a su lado, con fuerte acento extranjero, la interrumpió:

—¿Me da fuego, *miss*...?

Ella se volvió a mirarle, y por unos segundos, sus ojos escudriñaron al hombre.

Alto, fuerte, felino, bien trajeado, rubio, y de ojos negros, tanto o más duros que su rostro de halcón.

No respondió, pero alargó el brazo, tomó el bolso y lo abrió y sacó el encendedor. Él, desde el taburete en que se había sentado, vio la automática de mediano calibre que llevaba dentro.

El desconocido prendió fuego al cigarrillo, lanzó un par de perfectos anillos de humo hacia el techo y añadió:

—Gracias, *miss*...

—Sterling —repuso ella, con una fría sonrisa en los rojos y sensuales labios—. *Miss* Stella Sterling, de Nueva York... que va a pedirle una cosa.

Le vio arquear una ceja, en señal de asombro.

—¿Y es...?

—No me gusta cómo me mira los muslos, querido, ¿comprende? Me está molestando.

—Me gustan... Esas piernas son perfectas.

—Son dos cosas... que ya sabía de antemano. ¿Algo más?

Hubo unos segundos de silencio, de duda, que le dijeron a ella que el otro estaba tratando de coordinar sus ideas, como así era en realidad.

—En ese caso, *miss* Sterling —repuso él—, podemos hablar de otra cosa.

Stella lanzó una mirada a su reloj de pulsera y respondió, sin mirarle:

—Es bastante tarde, míster...

Rápidamente, como si en realidad fuera aquello lo que deseaba, se identificó:

—Erich von Strasser, *fraülein*.

Stella arqueó una de sus negras cejas con tonalidades azules.

—¿Alemán?

—Por supuesto que sí —repuso ahora, en perfecto inglés, aunque con ligero acento extranjero.

—¿Nazi?

El alemán soltó una carcajada que hizo volver la cabeza al barman, quien le miró con curiosidad.

—¡Por supuesto que no, querida! Eso... pasó hace muchos años. La Alemania de hoy...

—Es y será la misma de siempre —cortó ella, con rencor—. Si les dejen.

Von Strasser hizo una mueca.

—No opino yo lo mismo, pero por eso no vamos a discutir, *miss* Sterling.

Stella saltó del taburete al suelo, dio un paso hacia atrás, inició la media vuelta con ánimo de alejarse rápidamente, mientras que su cerebro marchaba a gran velocidad, pero no terminó de completar el giro.

—Espere un momento, *fraülein* —dijo.

Stella se volvió a mirarle, y el alemán pudo darse perfecta cuenta de que sus ojos se habían vuelto más oscuros, a pesar de que su bello semblante seguía tan impasible como en un principio.

—¿Sí...? —Y se llevó la mano a la boca, ahogando un fingido

bostezo, con suma elegancia—. Es muy tarde, Von Strasser.

—Por lo que le pido disculpas, fraülein, pero tengo que hablar con usted.

—Me hospedo en este hotel, por lo que esta conversación podemos dejarla para mañana.

—No hay tiempo... si se trata de cuadros.

Von Strasser no se dio cuenta, pero los músculos de ella se atirantaron.

—¿De cuadros...? —Y había un infinito asombro en su voz—. ¿Qué cuadros?

—De mujeres... O de una mujer... tan hermosa como usted, fraülein.

—Sí.

—Así es. Y de una exposición en la Explanada de los Inválidos; concretamente, en la rue de Constantino. Son pinturas de aficionados. De un par de aficionados.

—¿Cree acaso que me interesa la pintura?

—No, posiblemente no... pero sí puede interesarle un cuadro. Uno solo, de la exposición.

—¿Sí...? ¿Y puede decirme cuál?

—Una mujer; más que eso una muchacha, si no me equivoco. —Hizo una ligera pausa que Stella no interrumpió, por lo que añadió a continuación—: Podríamos hablar de ese cuadro, fraülein Sterling. Stella le dedicó una sonrisa.

—Es algo que no me interesa. No me gusta la pintura, sea de la época que sea, ¿comprende?

—No es la pintura en general...

—Buenas noches, Von Strasser —cortó ella, dando media vuelta, lo que fue motivo para que el alemán se colocara a su lado.

—La acompaño.

—¿A mis habitaciones?

No le miraba cuando formuló la pregunta, pero él sí lo hizo al responder:

—O a las mías, querida. Tengo una botella de *bourbon*, con la que podemos brindar.

—Por supuesto que la tiene. Por supuesto, también, que luego me pediría que me quedara con usted.

—¿Y no aceptaría?

Al terminar con la pregunta, se encontró con los impasibles ojos de ella fijos en los suyos.

—Cierto qué sí... con lo que después de una noche conmigo, se encontraría con complicaciones.

—¿Por qué?

Estaban frente a uno de los ascensores, cuando Stella respondió:

—No me gusta revolearme en la cama con ningún alemán, querido... para que termine por hablarme de cuadros de mujeres... y no de amor... aparte de que hay juegos que no me interesan tampoco.

—¿No...?

—No. Oiga. —Y abrió mucho los ojos—. No me estará contando una historia de espías, ¿verdad?

Los ojos de Von Strasser se helaron.

—Nadie habló de espías sino usted, queri...

—Buenas noches —cortó ella secamente.

Entró en el ascensor que se mantenía con las puertas abiertas, frente a ellos, a la espera, y Von Strasser quedó allí, mirándola, y aún permaneció otro poco más, a pesar de que se cerraron y el ascensor se puso inmediatamente en marcha hacia los pisos superiores del hotel.

Ya allí, con el bolso en la mano, Stella avanzó hacia el final del largo, lujoso y bien iluminado pasillo, hacia una de las *suites* del fondo; hacia la suya propia, pero se detuvo antes.

Frente a la que ocupaba Burton, y después de lanzar una mirada a su alrededor, pegó el oído a la madera.

Nada. En el interior todo era silencio.

Stella se apartó de allí y continuó andando hasta que se vio frente a la puerta que daba acceso a su habitación.

Entró, cerró a su espalda, encendió la luz y, al instante, algo duro se apoyó en su espalda.

—No se mueva, *mademoiselle* —dijeron, en perfecto francés—, si no quiere pasarse el resto de su vida en una silla de ruedas. Esta pistola lleva silenciador.

No lo hizo.

Abrió los ojos y trató de incorporarse, no sabiendo aún qué era lo que le había ocurrido.

Una punzada harto dolorosa, en la nuca, le hizo recordarlo todo,

de golpe, y con un gemido se llevó la mano a la parte dolorida, en tanto que se inmovilizaba en el suelo.

Al segundo intento consiguió ponerse en pie, tambaleándose, las sienes martilleándole dolorosamente, y miró a su alrededor.

Su rostro, frío e impasible no se alteró, a pesar del espectáculo que ofrecía la *suite* del hotel donde se alojaba.

Todo estaba revuelto. Su maleta, una de sus maletas, había sido llevada al sofá del *living* y su contenido se encontraba desparramado en todas direcciones, destrozado el fondo.

El dormitorio se hallaba en igual estado.

Los cajones en el suelo y las prendas, papeles, y todos cuantos objetos había allí, se encontraban fuera de su sitio.

Otro en el lugar de Burton hubiera llamado a la dirección del hotel, o al policía de servicio, pero él no lo hizo.

Se limitó, tambaleándose siempre, a entrar en el cuarto de baño. Una vez allí, Burton introdujo la cabeza bajo el grifo, hasta que se encontró un poco mejor.

Hecho esto regresó al *living*, se preparó un *whisky* y se dejó caer en uno de los sillones, dejando vagar la mirada sobre el cuadro que ofrecían los objetos desparramados por doquier.

Bebió un poco.

Pensaba.

Indudablemente alguien, en París, tal vez en el interior del hotel donde se encontraba, sabía quién era él y a lo que había ido allí. ¿Mireille? ¿La rubia que estableció el primer contacto?

Tanto podía ser así, como no.

Bebió un poco, se puso en pie y, lentamente, sin dejar de meditar en todo aquello, empezó a recoger las cosas, guardándolas de cualquier modo en el interior de la maleta y en el armario ropero.

¿Cambiarle de hotel?

Aquello sería una imbecilidad, ya que sabiendo o sospechando de su verdadera identidad, le seguirían adonde quiera que fuese.

¿Ponerse en contacto con...?

Se encogió de hombros, dio media vuelta, cruzó el *living* y ya junto a la puerta de salida cerró con llave, desanduvo lo andado hasta el dormitorio, se dejó caer en la cama luego de apagar las luces y con la automática al alcance de la mano, sin desnudarse,

cerró los ojos, tratando de dormir.

Era de madrugada cuando lo consiguió.

Sobre las ocho, le despertaron y entonces sí lo hizo, para darse una ducha.

Media hora más tarde se encontraba en el comedor del hotel, tratando de descubrir un posible sospechoso, un posible enemigo, mientras tomaba el desayuno, pero no lo consiguió.

Ya en la calle tomó un taxi, dio la dirección, se recostó contra el respaldo de un modo que no se le veía desde el exterior a través de la ventanilla trasera del vehículo, se dedicó a pensar y, al mismo tiempo, a lanzar de vez en cuando miradas hacia atrás, pero tampoco logró saber si era o no seguido.

La Explanada de los Inválidos.

Burton descendió del taxi, pagó la carrera y empezó a andar, bajo los árboles, junto a los grandes macizos de flores, de plantas trepadoras, hacia la calle de Constantino.

Mediaba el camino cuando oyó pasos a su espalda.

No volvió la cabeza ni hizo un solo gesto de nerviosismo, pero se puso en guardia, más alerta que nunca.

Esperando, sin saber qué.

—¿Tiene un cigarrillo, *monsieur*?

Estaba a su lado, envolviéndole con su perfume; perfume barato, a granel, del que cualquiera podía comprar en una o varias perfumerías, del que por contraste era imposible determinar cuál era su nombre, en un caso determinado.

Burton se detuvo y la miró.

Fascinaba, desde la rubia cabeza hasta los diminutos pies.

Ojos verdes, turbulentos, labios carnosos, rojos, ligeramente retocados con carmín. La curva de los pechos, redondos y firmes, entrevistados por el escote de la blusa, y las piernas cubiertas en su totalidad por los pantalones largos. Zapatos de grueso tacón y...

—Si ya me ha visto bien, *monsieur*, ¿quiere darme ese cigarrillo?

Burton desvió los ojos, clavándolos en aquellos otros que le asaeteaban.

—¿Turco?

—Oh, no —rió ella—. Americano será suficiente. «Chesterfield» si tiene, mon amour.

—Lo siento, pero nunca lo uso. No de esa marca.

—En ese caso serán «Kamel», ¿no?

—Sí, así es.

Burton extrajo el paquete, le dio uno, se puso otro en los labios y luego le dio fuego.

—¿Nos vamos, *monsieur*?

Y se le colgó del brazo, antes de que Burton pudiera responder, tirando de él hacia la calle de Constantine.

CAPÍTULO III

Hubo unos segundos de silencio y, de nuevo oyó la voz en francés, notando cómo la presión de la automática en su espalda disminuía:

—Siga adelante, *madeimoselle*; después de todo, estas habitaciones son suyas.

Stella contestó en el mismo idioma:

—¿Debo darle las gracias por esa gentileza?

—No, aún no... por el momento.

—Vamos, camine —dijo el otro.

Empezó a hacerlo, lentamente, hasta que llegó al centro del *living*.

—Deténgase ahí.

Lo hizo, preguntando:

—¿Puedo volverme?

—Hágalo, pero despacio.

Obedeció, enfrentándoles, porque eran dos, aunque sólo uno de ellos le apuntaba con una automática de gran calibre. Una «Germán Luger».

Arqueó levemente una ceja.

—¿Qué es esto —preguntó—, un atraco?

—Apueste lo que quiera a que así es. Por lo pronto, denos el bolso. Vamos, tírelo aquí, a nuestros pies.

Stella lo hizo, sin dejar de observarles.

Podían ser apaches, gente del hampa, de los bajos fondos de París, y se dijo a sí misma que si trataba de interrogarles, de formular alguna pregunta, poco o nada sacaría en claro, si es que se avenían a contestarla.

Fuera lo que fuese, eran simples mandaderos, simples killer, como les denominarían en los Estados Unidos.

Frente a ella, uno de los dos, el que no llevaba arma alguna en la

mano, se inclinó, tomó el bolso, lo abrió escudriñando su interior, y luego tomó la automática que llevaba y se la guardó en el bolsillo.

—Salvo la pistola, nada hay de interés aquí, Pierre —comentó, dirigiéndose a su secuaz.

El llamado Pierre contestó con un gruñido, se encaró a Stella y dijo:

—Nos vamos, *madeimoselle*.

—¿Qué nos...?

—Seguro. París es magnífico por la noche, y un paseo no le sentará mal.

—Supóngase que tengo sueño, querido.

—Lo he supuesto ya, pero sabemos de un lugar donde podrá dormir. Vamos, *madeimoselle*. No queremos que nos cree complicaciones.

—Supóngase que no voy a ir a ninguna parte.

Pierre no contestó. Se limitó a volver la cabeza a su acompañante y éste, sin anteponerse a su línea de tiro, empezó a acercarse a Stella.

La muchacha no se movió; pensaba velozmente.

—Está bien —dijo. Y su voz era ronca—. Vámonos. Fierre se hizo a un lado, cuando empezó a avanzar hacia la puerta, de pasada se inclinó para tomar el bolso, y el otro se lo impidió:

—Deje eso ahí, *madeimoselle*.

Stella se detuvo y le miró a los ojos, reflejando en los suyos la inmensa sorpresa que experimentaba.

—¿Por qué? —inquirió—. A una mujer siempre le hace falta lo que lleva en él...

Pierre salió en su ayuda, diciendo:

—Déjale, Oscar, y vámonos de una vez.

Stella terminó de inclinarse, tomó el bolso, y los tres salieron al pasillo.

No le apuntaban ya, pero ahora, ambos se habían colocado a su lado, dejándola en medio.

—¿Hacia dónde?

—Saldremos por la puerta de servicio, *mademoiselle*. No respondió, y, en silencio, tomó aquella dirección. Utilizaron uno de los montacargas para descender hacia la planta baja y de allí a la calle, a la oscura calleja trasera del hotel.

Sobre el pavimento, Stella aventuró una pregunta:

—¿Dónde me llevan?

—Ya se lo dijimos. A dar un paseo. Vamos, camine hacia la salida.

Empezó a andar, buscando la salida de la calleja.

Antes de llegar, Pierre indicó:

—Tuerza a la derecha, mon amour. Junto al bordillo de la acera verá un «Peugeot» pintado en negro. Ése es el coche.

No respondió; tampoco tenía miedo. Era extraño, pero estaba tranquila. Fría y serena; tranquila, muy tranquila, peligrosamente tranquila.

La calle principal, el coche un poco más allá.

—¿Es aquél? —preguntó.

—Sí, así es.

Siguió andando, viendo cómo delante de sus ojos una de las portezuelas se abría para dejarla pasar.

Los tipos que llevaba a ambos lados se retrasaban un poco, pero no por eso, sabiendo que si lo hacían la empujarían ahora sin miramiento alguno, aflojó el paso.

El coche, tocándolo ya con las manos...

Stella se inclinó para subir, introdujo la cabeza y medio cuerpo dentro, y entonces algo reventó su cabeza; unas manos tiraron de ella hacia el interior del automóvil, y el «Peugeot» se puso en marcha, apartándose rápidamente del bordillo de la acera, buscando ahora la calle principal.

Cuatro minutos más tarde se perdía por entre el intenso tráfico de la urbe parisina.

Cuando abrió los ojos, ya no se encontraba dentro del coche.

La habitación era pequeña, cuadrada, y desprovista de muebles y sin ventanas. Una silla, y el suelo de frías baldosas, donde se encontraba tendida de cualquier modo.

Muy cerca de ella, su bolso, cuyo contenido había sido revuelto por segunda vez.

Stella se dio cuenta del hecho, tan pronto como logró ponerse en pie, con dolor de cabeza y teniendo la boca completamente seca.

Se miró las piernas.

Tema una carrera en la izquierda, que iba desde los elásticos hasta el muslo, y al verla, se dijo sin un solo error, que alguien,

hombre o mujer, la había registrado concienzudamente, buscando un arma inexistente en ella.

Un arma que no llevaba, por lo menos dentro de su bolso.

Con la barra de carmín en la mano y el espejito, que milagrosamente no se había roto en la otra, se acercó a la puerta y trató de escuchar a través de la madera, pero ni un solo rumor llegó hasta ella, por lo que dando media vuelta, fue a sentarse en la silla, que colocó de cara a aquella puerta.

Esperaba.

Y continuó esperando, durante bastante tiempo. Cerca de dos horas, según su reloj, con los nervios a punto de dar el estallido.

No oyó un solo rumor, ni siquiera la llave entrando en la cerradura, pero la puerta se abrió.

Ahora eran tres.

Los dos tipos que la llevaron hasta allí, y una mujer.

Treinta o treinta y cinco años, hermosa, y en *shorts*; los más cortos que Stella había visto en su vida. Piernas de perfectos muslos, sin medias, y una sonrisa en la boca, curvando los labios rojos, sensuales; una sonrisa que no le gustó.

Pierre, que como siempre llevaba la automática en la mano, se colocó a un lado de la puerta, y su secuaz al otro.

—Me llamo Denise —se presentó ella, acercándose.

—Y yo Stella —repuso la muchacha, con perfecta calma.

—¡Eso ya lo sabía, *mademoiselle*! —cortó la francesa.

—Correcto. ¿Para qué me han traído aquí? Esos dos gorilas no me dijeron nada de...

—No lo saben. —Volvió a interrumpirla. Hizo una pausa y añadió—: Sólo para que hablemos, querida. Por eso la traje.

—¿Sí...? ¿Y de qué?

Stella ya sabía la respuesta que iba a recibir, por lo que no se sorprendió.

—De pinturas.

Arqueó una ceja, fingiendo un asombro que estaba muy lejos de sentir.

—¿Qué clase de pinturas, *machérie*? —preguntó a su vez, expresándose como la otra, en francés.

—¿Usted no lo sabe?

—¿Cómo he de saberlo?

—¿No se lo dijo la CIA?

—¿Qué...? ¿Cómo?

—Escuche, *ma petite ameri...*

—He escuchado bastantes tonterías esta noche, ¿no? —cortó ella.

—No, todavía no. Aún... tiene que decirme algo.

—¿Sí...?

Los ojos de Denise se entrecerraron, y el tono de su voz cambió imperceptiblemente, pero no tanto para que, al oírla, Stella se dijera in mente que el momento crucial para ella había llegado.

—Escúcheme bien, *mademoiselle* Sterling, porque no lo repetiré. Sabemos quién es usted y a qué ha venido a París. Sabemos también quién es *mister* Burton y a qué vino... pero nos queda por saber... qué cuadro es el que busca. Conteste, y la dejaré ir sin más.

—No sé de qué me...

Denise movió la mano y la bofetada la alcanzó a un lado de la cara, lanzándola al suelo, conjuntamente con la silla, rebotó como una pelota, y se puso en pie en menos de un quinto de segundo.

—¡Quieta, *mademoiselle*, o la mato!

La voz salvaje de Pierre cortó en seco su movimiento, cuando iba a lanzarse contra Denise, y con satisfacción, la francesa vio que sus cinco dedos habían quedado marcados en la mejilla de la muchacha americana.

—Siéntese, *ma chérie* —dijo, suavemente—, y continuaremos hablando.

Stella lanzó una mirada a Pierre.

El francés la estaba encañonando ahora en el centro de los senos, por lo que pausadamente, tomó la silla, la levantó y se sentó.

De nuevo, una vez más, esperaba.

—¿Y bien...?

—Era usted la que hacía preguntas, Denise —respondió, respuesta que dio motivo para que la otra sonriera.

—Hablábamos de pinturas, ¿no?

—Así es —repuso Stella—. De pinturas, y de la CIA.

—¿Va a entrar en razón, *ma petite*?

—Y me preguntó —continuó ella, como si no la hubiera oído—, si ese otro que me abordó, también creía en... en esas historias de...

Como esperaba, Denise la interrumpió, con una pregunta:

—¿Qué otro? —inquirió.

Stella le dedicó una mirada cargada de inocencia, encogiendo los hombros, notando cómo la mejilla izquierda le ardía.

—¡Y yo qué sé, *mademoiselle*! —respondió—. ¿No creerá, también, que conozco a todos los hombres que admiran mis piernas y que me abordan en...?

Denise dio otro paso hacia ella, y se detuvo muy cerca, pero sin anteponerse entre Pierre y el otro.

—¿Quién era el hombre, *mademoiselle* Sterling? Hable, tiene cinco segundos para contestar, o Pierre y Os car van a quedarse a solas con usted. Y no va a ser agradable, se lo prometo.

Stella sabía que aquello era verdad.

—Al parecer un alemán —replicó—. Un tal Von Strad ser. ¿Le conoce usted?

—¿Qué quería? ¿Qué fue lo que le preguntó?

Stella abrió la barra de labios y delante de la otra se los retocó un poco, notando cómo crispaba los suyos, antes de contestar.

—Algo sobre pinturas, pero él no hizo mención de ese otro. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¡Ah, sí! Burlón No, no lo mencionó.

—¿Qué clase de pinturas?

—Desnudos, querida... y usted... usted podía muy bien servir de modelo. Es usted preciosa, *mademoiselle*.

—En concreto —cortó la francesa, acercándose un poco más a Stella—. ¿Mencionó un cuadro, uno solo?

—Esa pregunta ya me la hizo antes y ya le di mi respuesta. No lo sé. Es lo que le dije a él, en el interior del hotel Parísien. Si no me cree...

Denise hizo un gesto y Stella se interrumpió:

—¿Qué sabe de ese Burton?

Stella hizo un gesto de impaciencia y contestó, preguntando a su vez:

—¿Me creería si le digo que nada, *mademoiselle*?

A sus palabras siguió un pequeño silencio, que la propia Denise cortó.

—Creo, *ma chérie* —dijo, suavemente—, que la voy a dejar unos minutos a solas con estos dos. Me lo pidieron antes, ¿sabe? Luego, cuando regrese, si es que está entera, espero que me conteste a todo lo que le he preguntado.

Dio media vuelta, volviendo la espalda, hizo una seña a Pierre y mientras el francés y Oscar se apartaban de la puerta y empezaban a acercarse a ella, Stella la llamó:

—Espere un momento —dijo.

Parecía asustada, ahora.

Denise lo pensó así cuando dio una rápida media vuelta y la enfrentó.

—¿Sí, *mademoiselle*...? —inquirió.

—¿Qué gano yo si le digo la verdad de lo que quiere saber?

—La libertad. Se quedará aquí por espacio de diez minutos, con la puerta abierta, desde luego, pero no deberá moverse hasta que termine ese plazo. Luego, podrá salir y hacer lo que desee.

—¿Y quién me asegura que me está diciendo la verdad?

Denise hizo una mueca.

—Nadie, desde luego, *mademoiselle* Sterling. Absolutamente nadie... pero tendrá que confiar en mí.

Stella movió la cabeza en sentido negativo.

—Creo —replicó—, que eso no va a poder ser.

Tras sus palabras, el silencio se hizo espeso. Un silencio que sólo se rompió cuando Denise dio media vuelta y empezó a alejarse hacia la puerta, en tanto que Pierre y Oscar se acercaban, el primero, igual que en todo momento, con la automática en la mano.

—Creo, *ma chérie*, que tampoco me interesa lo que estos hombres puedan hacerme.

Y lanzó la barra de labios contra la puerta, al mismo tiempo que con las manos en la nuca se dejaba caer contra la silla, hacia la pared, hacia uno de los rincones.

La explosión se llevó la puerta y parte del muro, y la onda expansiva la aplastó materialmente contra aquella pared en la cual se encontraba...

Amanecía sobre París.

CAPÍTULO IV

La calle de Constantine...

La muchacha que llevaba colgada del brazo se detuvo y Burton la imitó, mirándola.

—¿Y ahora? —preguntó.

—La pequeña Isabelle va a quedarse aquí. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: Del CIA norteamericano, ¿verdad?

La identificación anterior había sido correcta, pero a pesar de ello, Burton elevó una ceja en señal de asombro.

—Querida, me estás asombrando —dijo.

Ella dejó caer la pimía del cigarrillo al suelo y la aplastó con el pie. A continuación, como si no le hubiera oído, añadió:

—El cuadro que busca está en el cuarto piso. En una de las galerías. No tardará en identificarlo. La muchacha... viste... Bueno, lo que lleva puesto no se le puede llamar vestido, desde luego... pero sí corresponde a la blusa de una gitana española o de una húngara... si sabe lo que quiero decir.

Burton pensó en su contacto de la noche anterior. En Mireille, y preguntó:

—¿Cómo no me lo dijeron antes?

—¿Se refiere usted a su contacto de anoche?

—Sí, así es.

—*Mademoiselle* Mireille no lo sabía. Ella debía indicarle el lugar donde se celebra la exposición, y nada más.

Burton continuó pensando velozmente.

—Correcto, Isabelle —contestó—. ¿Alguna otra cosa?

—Compre el cuadro y llévelo al hotel, o haga que se lo lleven.

—¿Qué...?

—Ya me ha oído, mon amour. Compre el cuadro... pero no a la modelo.

—¿La conoce?

—Todo a su debido tiempo.

Dio media vuelta y empezó a alejarse, seguida por los ojos de Burton, hacia un convertible azul, aparcado veinte o treinta yardas más allá, en plena Explanada de los Inválidos.

Repentinamente se detuvo, dio media vuelta y se le acercó.

—¿Sí...?

—Bueno, hay un tipo llamado Von Strasser, que se aloja en su hotel.

—¿Espía...?

—La verdad es que no lo sabemos... pero debe tener cuidado. No nos gustan sus amistades.

—¿A usted y a quién más...?

—A los del CIA, y tal vez a los del FBI.

Burton arqueó una ceja.

—¿Quiere decir que ellos también...?

Isabelle se encogió de hombros.

—Todavía no se sabe, pero cabe en lo posible. A su Gobierno le interesa todo esto... y a los alemanes también. Es... o puede ser una forma de desacreditar a los Estados Unidos, si eso se publica en la Prensa. Lo comprende, ¿verdad?

Burton respondió con una pregunta:

—¿Nos volveremos a ver?

La muchacha le dedicó una sonrisa.

—Suba, Burton, o se le hará tarde.

Dio media vuelta y ahora sí entró en el coche, dejando asombrado a Burton, al ver cómo se situaba al volante, porque el coche no cuadraba ni mucho menos con el perfume que usaba. Y fue entonces cuando se preguntó si lo demás tampoco cuadraría.

Lentamente, sin dejar de mirar a su alrededor y a todos cuantos se cruzaban con él, entró en el museo.

Diez minutos más tarde se encontraba en la galería del cuarto piso, fingiendo ensimismarse en las pinturas que contemplaba, pero, en realidad, buscando el cuadro.

«... Como una gitana española o como una húngara...». No tuvo que esforzarse mucho.

Estaba allí, casi delante de sus ojos; y sus músculos, cuando lo vio, se endurecieron, mientras que sus ojos se helaban.

Vestía tal y como Isabelle le había dicho. Una especie de blusa

de gasa, transparente, abierta desde la garganta hasta la cintura. Mostrando el pecho izquierdo desnudo, moreno, semioculto por la cabellera castaña que le caía hasta media espalda, sobre el hombro, también el izquierdo, formando una onda, una sola en la frente, ocultando un tanto el ojo de aquel lado. El pecho derecho, semioculto a su vez por la transparente gasa de la especie de blusa, de mangas anchas, muy anchas, y una mano de dedos cuidados rematados en nacaradas uñas, sobre el regazo.

Un regazo que no podía verse, porque allí terminaba el lienzo, borrado ya por el marco.

Una cabellera castaña, y el rostro y parte del cuerpo perfecto y joven de Isabelle.

Burton maldijo entre dientes, en voz baja, y casi al instante oyó la pregunta a su lado:

—¿Le interesa el cuadro, *monsieur*?

Ladeó la cabeza para mirar.

Americano como él mismo, a pesar del correcto francés que había empleado para dirigirse a él.

—No más que otro cualquiera —replicó.

El hombre, vestido con un sobretodo, bajo el cual se veían unos pantalones grises y zapatos negros, brillantes, le dedicó una curiosa mirada.

—La exposición es de un amigo mío, *monsieur*...

—¿Por qué no se expresa en inglés? —cortó Burton—. Quizá nos entendamos mejor.

El otro sonrió ampliamente.

—¿Americano? —inquirió—. Nunca lo hubiera sospechado.

Sin hacer caso del comentario, Burton preguntó:

—¿Decía usted...?

—¡Ah, sí! Que expone un amigo mío. Empieza ahora. Por eso, si decide comprarlo, no creo que le cobremos muy caro.

—Me interesa la modelo —replicó Burton, sin mentir.

El otro le dedicó una sonrisa de circunstancias.

—A todo el mundo le ocurre igual, *míster*...

—Burton —cortó el agente del CIA—. Jeffrey Burton, de Nueva York.

Le tendió la mano sin perder la sonrisa y se presentó a sí mismo.

—Joe Murdock —replicó—, de Brooklyn. Cómo ve, somos

compatriotas.

Burton dejó transcurrir unos segundos de silencio y preguntó:

—¿Puede darme las señas de ese modelo?

Murdock denegó con la cabeza.

—Lo siento, pero no estoy autorizado a hacerlo.

—¿Alguna otra persona...?

—Bueno, tal vez —vaciló un poco y añadió—: Si quiere esperarme por aquí... quizá le pueda indicar algo.

—Espere.

—¿Sí...?

—Pagaré por la información, ¿comprende?, siempre que sea a cambio de un precio razonable.

—Haré lo que pueda.

Se alejó hacia el fondo de la gran sala, y Burton le vio desaparecer por una de las puertas.

Acto seguido clavó los ojos en el cuadro.

Había algo que no entendía. Isabelle, si aquél era su nombre, era la muchacha del cuadro, aunque frente a él se presentara luciendo una hermosa cabellera rubia y apestando a perfume barato.

«Compre usted el cuadro».

Eso le había dicho, y eso era lo que iba a hacer... pero también quería a la modelo, aunque aquello nada tuviera que ver con el asunto que le había llevado a la capital de Francia.

La voz de Murdock, sonando a su lado, le sacó de su abstracción.

—Venga conmigo, ¿quiere?

Burton lanzó una mirada a su alrededor, y pensó en la «Magnum», que llevaba en la funda sobaquera.

Podía o no ser una trampa, y no pensaba descuidarse en modo alguno.

—Cuando quiera. —Fue lo que replicó.

Y empezó a andar al lado del otro, hacia la puerta por la que le viera desaparecer.

Cruzaron el umbral, el uno detrás del otro, pero Burton procuró hacerlo en segundo lugar.

Una habitación, dedicada a despacho, un par de sillones negros, una mesa, la lámpara de mesa y otra puerta más, al fondo.

—Por aquí, por favor.

Burton no respondió, pero le siguió.

Cruzaron al otro lado.

El tipo era joven, ya que apenas si rondaría los veinticinco años. Barbilla descuidada, ojos negros, vistiendo una blusa de colorines y pantalones vaqueros, y botas de tacón tejano.

No se levantó al verles ni sonrió. Tampoco le tendió la mano.

—Hola, viejo —saludó—. Usted es el tipo que quiere las señas de la chica, ¿no?

Burton formuló una pregunta como respuesta.

—¿Pintó usted ese cuadro?

—Sí. Y todo lo demás. ¿Por qué? ¿Le interesa?

—Tal vez lleguemos a un acuerdo.

—Es lo que pensé que diría... si le doy las señas de la muchacha, ¿no?

—Eso es sólo en parte.

—¿Sí...?

—Así es. Ponga un precio, me llevo el cuadro, y luego hablamos de la modelo, ¿no?

El tipo de la blusa lanzó una fugaz mirada a Murdock y luego, desviando los ojos hacia Burton, respondió:

—Quinientos dólares y es suyo, amigo.

Burton fingió pensarlo y finalmente, introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó un rollo de billetes, separó cinco de cien y se los dio.

—Tendrá que enviarlo a...

Dio las señas de su hotel, su nombre, y pidió:

—Ahora, dígame dónde vive la chica.

—Se llama Isabelle Dupré.

—¿Francesa?

—Medio francesa, medio judía. ¿Qué le parece?

—Las señas.

—Eso, viejo, va a costarle otros quinientos pavos. A ella no le agradará saber que...

—Eso no me importa —cortó Burton, secamente—. Démelas, y ya me las arreglaré yo con ella... si es que me decido ir a verla... alguna vez.

Cinco minutos más tarde, con aquéllas en el bolsillo, Burton salía a la calle.

No llamó ningún taxi, sino que directamente, se encamisó al

Metro, por una de cuyas bocas desapareció, en contados segundos.

Terminó de retocarse un poco, junto a la ventana, mirando de vez en cuando los coches que pasaban en ambos sentidos; pocos, debido a la estrechez de la calle y, dando media vuelta, se acercó a la coqueta, tomó asiento en una especie de taburete, situándose frente al espejo, y empezó a cepillarse el largo y rubio cabello.

Tenía una cita para dentro de poco.

Era importante para Burton, y para todos los demás, incluso para ella misma.

Terminaba de hacerlo cuando por detrás de ella, recostado contra el marco de la puerta que daba acceso a su dormitorio, observándola con los ojos fríos, carentes de expresión, le vio.

La mano derecha de Mireille, que sostenía el cepillo del pelo, se inmovilizó durante unos segundos y luego lo soltó entre los frascos de perfumes y cosméticos, y lenta, muy lentamente, se volvió a mirarle.

No estaba asustada, en apariencia. Lo suyo era un juego mortal y había que aceptarlo viniera de la forma que viniese, y él, desde el marco de la puerta, pudo ver con perfecta claridad que los ojos de ella también estaban fríos, muy fríos; helados.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

El visitante le mostró la mano izquierda; en ella pudo ver una delgada y dentada lámina de acero, y comprendió.

Miró hacia el teléfono. Estaba lejos de él, pero aunque, hubiera estado más cerca, incluso al alcance de la mano, jamás lo hubiera alcanzado.

Mireille lo sabía.

—¿Quién es usted? —repitió.

—Eso no importa, pequeña.

—¿No?

—No, porque las preguntas voy a hacerlas yo.

—¿Sí? ¿Puede decirme con qué derecho y por qué ha entrado aquí?

—A la primera pregunta le contestaré que con el del más fuerte, respuesta que también puede corresponder a la segunda.

—Lo que me dice...

—Ahora lo sabrá, *mademoiselle* Dereveaux —repuso el intruso. Hizo una pausa y preguntó, bruscamente—: ¿Qué quería ese

hombre?

Mireille le miró con los ojos llenos de asombro.

—¿Qué hombre?

—El que pasó la noche con usted, ayer.

—Nadie ha pasado la noche conmigo, *mon amour* —repuso ella.

—Correcto, me informaron mal, pero la pregunta sigue en pie.

¿Quién era y qué quería?

—¿Qué diablos...?

La respuesta del visitante fue violenta.

—Conteste, *mademoiselle*. Me refiero a una visita que recibió anoche. Un americano. Un tal Burton, creo que se llama. ¿Qué deseaba?

—Usted lo dijo. Que pasáramos la noche juntos, pero no me interesaba. No es mi tipo.

—¿No?

Se había despegado del marco de la puerta y avanzaba, acercándose a ella.

Mireille entrecerró los ojos, pero no se movió del lugar que ocupaba en la butaquita, ahora de espaldas al espejo.

—Burton, del CIA, americano, muchacha. Y te lo voy a preguntar por última vez: ¿Qué quería?

Mireille hizo una mueca, en tanto que su cerebro trabajaba a marchas forzadas. Tenía una salida, una sola, pero nada más.

—Hablamos de pintura.

—¿Qué clase de pintura?

—De cuadros.

—¿De cuadros, o de uno solo?

—Si tenía interés por alguno, *mon chéri*, a mí no me lo dijo —repuso la muchacha.

En aquel momento, el intruso dio un paso más, y la bofetada, que le alcanzó en el centro de la cara, la derribó al suelo, rodando sobre la alfombra, hasta el centro del dormitorio.

Ovillada en el suelo, con los ojos cuajados de lágrimas y el oído zumbándole dolorosamente, Mireille le miró.

—¡Perro! —dijo, entre dientes.

La patada la alcanzó en un costado y le hizo revolcarse de dolor, luego de lanzar un ahogado gemido.

—Habla, *ma petite*. Habla, o la vas a pasar mal.

Dio otro paso y levantó el pie, y entonces oyó el rasgarse de la tela y frente a sus ojos tuvo la visión fugaz de los pechos desnudos de la muchacha, vio el chispazo de humo y fuego y...

CAPÍTULO V

Tras lanzar una mirada a la barra, sin ver nada de interés, Burton atravesó el vestíbulo del hotel, se acercó a uno de los ascensores, y tres minutos más tarde se encontraba andando en dirección a la *suite* que ocupaba.

Abrió la puerta con la mano izquierda, acariciando de paso la culata de la «Magnum» con la derecha.

Pensaba en Isabelle y su belleza castaña, paliada de un modo asombroso por el rubio pelo con el que se había presentado frente a él. ¿Peluca o teñido?

Se encogió de hombros, justo cuando llegaba al *living*.

Fue entonces cuando se detuvo en seco, sacando la automática de la funda de la axila, y con aquélla en la mano avanzó hacia la puerta de su dormitorio, abierta ahora, cuando él tenía la completa seguridad de haberla cerrado cuando se fue.

¿Las mujeres de la limpieza?

No era posible, ya que involuntariamente se olvidó de dejar las llaves en el *comptoir*. Tal vez usaron la maestra, pero...

Se detuvo junto al marco, con el cañón apuntando por delante de sí mismo, sorprendido ante el cuadro que se ofrecía ante sus ojos, completamente inesperado para él.

Una mujer, de nuevo una rubia, se encontraba tendida en su cama bajo las sábanas, durmiendo, con el rostro, bello en demasía, vuelto hacia el lugar donde él se encontraba.

El vestido y el resto de las prendas de su tocado estaban entre una de las butaquitas del dormitorio, y nada más.

Burton experimentó la sensación de que debía retroceder hasta la puerta para comprobar si se había equivocado de habitación, pero no lo hizo.

Había algo en aquellas ropas que llamaba la atención. Arragadas, y con un manifiesto desaliño en ellas.

Se acercó para examinarlas, pero no las tocó.

Aquella mujer...

También se acercó, pero fue para comprobar su tranquila respiración, y luego, sin enfundar, miró al bolso que la desconocida había dejado sobre la ropa.

Éste sí lo tocó; lo tomó, lo abrió, y examinó su contenido. Nada de interés, tampoco un solo papel que la identificara, y frunció el ceño.

Unos segundos más tarde, se encontraba sentado en el *living*, con un vaso de *whisky* en la mano, y la automática sobre el sofá, al alcance de su mano, y sin perder de vista la puerta de su dormitorio, mientras pensaba en Mireille, y en el cuadro que le tenían que traer aquel mismo día.

Antes de la noche, según pensaba.

Isabelle... Por el momento no había orden alguno respecto a la dama del cuadro, pero necesitaba verla. Quizá la CIA; sí, quizá no supiera que ella había intervenido de un modo directo en aquello... o tal vez sí.

Mireille podía tal vez decirle algo de la modelo. Tenía que conocerla, aunque no tuviera la certeza de qué cuadro era el que debía ver en la exposición de la calle de Constantine.

—¿Por qué no me despertó?

Un tanto sobresaltado, llamándose estúpido, Burton volvió la cabeza para mirarla.

Hermosa, bajo una combinación de nylon rosa. Más bien una minicombinación.

Muslos largos, perfectos...

Preguntó:

—¿Cómo entró aquí?

—Empleando una ganzúa, que llevo disimulada en una de las horquillas de mi rubio pelo.

—¿Me conoce?

—No fue mediante el libro registro del hotel, si eso le preocupa, porque entré utilizando la puerta posterior, y subí hasta aquí en el montacargas.

—Todavía no me ha dicho quién es usted.

Ella le mostró sus blancos dientes, en una sonrisa.

—Stella Sterling, míster Burton —dijo, suavemente—. De la CIA

norteamericana. Lo mismo que usted.

Escudriñó su rostro, pero no pudo averiguar si se había impresionado o no, por lo que continuó:

—¿No va a invitarme, ni por cumplir?

Burton señaló el pequeño armario empotrado en una de las paredes del *living*.

—Hay bebidas allí —dijo.

Stella avanzó por delante de él notando sobre su cuerpo, como dos saetas, los ojos de Burton, pero no dijo nada.

Unos cuantos minutos más tarde regresó a su lado, se dejó caer en uno de los sillones, y preguntó:

—¿Adquirió el cuadro?

—¿Qué cuadro, querida?

—¡Oh! Sé que había un cuadro de por medio... y que mi misión era ahuyentar como fuera, todo aquello que le molestara a usted.

—¿Con qué límites?

—Sin límite alguno, míster Burton. —Y había regocijo en su voz —. ¿Qué hay de ese cuadro?

—No pude establecer contacto después de anoche... y no se me dijo qué era lo que debía ver, o conseguir.

Stella le miró dubitativa, y fue entonces cuando le llegó la brusca pregunta del agente de la CIA:

—Identifíquese, Stella. ¿Quiere?

Ella abrió mucho los ojos.

—No puedo —dijo—, y creí que lo sabría.

—¿Por qué tengo que saberlo?

La muchacha bebió un poco, se recostó contra el respaldo del sillón, con lo que sus pechos se marcaron fuertemente bajo el nylon, pero Burton no pareció darse cuenta del hecho; sólo atento a la respuesta que esperaba.

—Me sacaron del hotel. Un tal Pierre y... y... Oscar... El coche que nos esperaba en la parte trasera del hotel era un «Peugeot», cuya matrícula no recuerdo. Me golpearon al entrar y cuando me recobré...

Explicó los hechos, de modo conciso, y terminó diciendo:

—La barra terminó con ellos. Y la mujer... era hermosa. Fue una lástima.

—¿Algo así como usted?

Stella se miró los mulos desnudos y sonrió:

—Sobre poco más o menos, sí, querido. Así es. ¿Es que va a hacerme el amor?

Pensaba en Isabelle cuando respondió:

—Quizá, si me esperas.

—Eso quiere decir que va a salir, ¿no?

—Sí, posiblemente, sí.

—¿Y...?

—El dormitorio es cómodo —continuó tuteándola—. Podemos ocuparlo esta noche.

—Tal vez acceda —repuso ella, llevando a los labios el vaso de *whisky* que se había preparado.

Burton se puso en pie, y Stella preguntó:

—¿Te marchas ahora?

—Dentro de unos momentos —replicó—. Antes quiero hacerte una pregunta, Stella: ¿O no es así como me has dicho que te llamabas?

—Y ése es mi nombre, desconfiado... y la otra mi profesión. Puedes... puedes ponerte en contacto con nuestra Embajada en París. Ellos te confirmarán esto. Y ahora, venga esa pregunta.

Recordaba, una vez más, a Isabelle, cuando respondió:

—¿Qué sabes de un tipo... de un extranjero que se aloja en este hotel?

Stella arqueó las cejas.

—¿Te refieres a Von Strasser?

—Sí, creo que ése es su nombre. ¿Le conoces?

—Sí. Cenamos juntos un par de veces y luego... nos fuimos a pasar la noche en un hotel en las afueras de París. Cerca del bosque de Bolonia.

—¿Nada más?

—Nada más, querido. Ya te dije que sin límite alguno.

Sin responder, Burton se acercó a la puerta. Stella se puso en pie y le siguió hasta allí. Al ir a abrir, la sujetó por un brazo.

—¿Alguna otra cosa, *ma chérie*? —preguntó Burton en francés.

—¡Oh, no! Sólo desearte que... que tengas suerte, vayas donde vayas esta tarde.

—¿Me esperarás?

—Correcto; aquí estaré.

Burton dio media vuelta y salió del apartamento sin besarla, sin una sola sonrisa, dejándola un tanto confusa. Tampoco volvió la cabeza hacia atrás, pero Stella sí permaneció bajo el marco de la puerta, hasta que le vio entrar en el ascensor, camino de la planta baja.

Sólo entonces cerró la puerta, fue al *living* y tomó el teléfono.

Discó.

En el vestíbulo del hotel, Burton se encaminó directamente al *comptoir*.

—Espero un paquete bastante grande —dijo, tan pronto como se vio frente al gerente—, y no deseo que lo suban a mi habitación.

—En ese caso, *monsieur*...

—Guárdelo en la caja fuerte del hotel.

—¿Tanto valor tiene?

Burton se echó a reír.

—¿En metálico? No, nada de eso; quinientos dólares americanos.

—Se hará así.

Dio las gracias; de pasada, igual que siempre, echó un ligero vistazo al bar del hotel y salió a la calle.

Tomó un taxi y dio una dirección.

Cerró los ojos, mientras el coche se ponía en marcha.

Había visto el asombro en el rostro del taxista, ya que el viaje iba a ser largo y costoso.

Era cierto; quizá ahora y media o dos horas, a través de todo París.

Tal vez ella utilizaba el metro para ir y venir al estudio, a posar, o tan sólo fue una vez... para hacerse con aquel cuadro, el único que le interesaba a él y a la CIA, y quizá a otras personas más.

En cuanto a Stella Sterling...

Pierre y Oscar. Dos apaches en París, dos killers o dos *gangsters* de poca monta en Estados Unidos. Muy poco, desde luego.

La mujer rubia ya era otra cosa, y conceptuaba que era una lástima que la muchacha se hubiera visto precisada a eliminarles a los tres juntos, pero también era cierto que no tenía otra opción en aquellos momentos, si era cierto todo o parte de lo que le dijo.

Los minutos, lentos, desesperantes, iban transcurriendo.

No se había presentado en la Embajada de Estados Unidos, no se había puesto en contacto con ellos, pero esperaba hacerlo, de ser

posible, dentro de unas cuantas horas, si a su vez su Embajada no le salía antes al paso.

Un retrato y un micropunto.

«¿Dónde? —Monologó en voz baja—. ¿En uno de los pechos desnudos del lienzo?».

Era posible, dado de que la CIA quería el cuadro.

Pero ¿era verdad, o por cualquier causa Isabelle le había mentido?

Sea lo que fuere, sólo querían el cuadro... pero él también tenía sus ideas particulares, acentuadas aún más después del comportamiento de la muchacha semi judía.

—Estamos llegando, *monsieur*.

Burton dejó de pensar, para centrar ahora su atención al camino que seguían.

CAPÍTULO VI

René Demangueot miró al muchacho que tenía frente a él, y preguntó:

—Sabes dónde tienes que llevarlo, ¿verdad?

Le sonrió.

—Claro que sí, *monsieur*. Al hotel Parisiën, no muy lejos de aquí.

Siguieron unos segundos de silencio que el propio Demangueot rompió, con una recomendación:

—Ten cuidado con ese lienzo. No vale mucho, pero esos estúpidos extranjeros no lo saben.

Lean guardó silencio por espacio de unos segundos, miró el paquete, enrollado a sus pies, cubierto con un fuerte papel de envolver, y preguntó:

—¿Y el marco?

—Se lo mandaremos aparte. Será más fácil para ti.

El muchacho, de no más de diecinueve años, le dedicó una nueva sonrisa, tomó el enrollado lienzo, se lo puso sobre el hombro, y saludó:

—Hasta la vista, *monsieur* Demangueot.

—No tardes. —Fue la respuesta que obtuvo del pintor—. Aún tienes que llevar el marco antes de la noche y colocarlo en el lienzo, allí mismo, en el hotel.

Se fue con un gesto de saludo.

Tres minutos más tarde alcanzaba la salida de la exposición, mirando a todos lados de la calle.

Desde una de las ventanas, Murdock le vio y por espacio de varios minutos estuvo contemplando su marcha hacia una de las bocas del Metro, y algo más. El «Mercedes Benz» que en aquel momento se despegaba del bordillo de la acera ganando velocidad por momentos.

En aquel mismo instante, Jean empezaba a cruzar, teniendo el

disco a su favor; un disco que no vio el conductor del «Mercedes», o que no quiso ver. Hubo un choque, un grito infrahumano, y el muchacho se vio proyectado diez o quince yardas más allá, hecho un verdadero ovillo en tanto que el chillido de las cubiertas del «Mercedes», cuando su conductor frenó en seco, ya muy cerca de él, dejando dos tiras negras sobre el asfalto, llenaba toda la calle de Constantino.

Luego, a juicio del propio Murdock, todo ocurrió en contados segundos. Una de las portezuelas del coche se abrió, vio saltar a un hombre, tomar el rollo, con el lienzo, entrar de nuevo en el automóvil que se puso en marcha, a gran velocidad, hacia la avenida del Mariscal Galliéni, en dirección al Quai d'Orsay, buscando dos caminos, la calle de L'Université, o la estación de los Inválidos, para rodearla y perderse después hacia el Sena.

La gente se arremolinaba junto al cuerpo de Jean; en la distancia, empezaban a oírse los silbatos de los gendarmes, de los miembros de la Sûreté.

Con un gesto vagando por entre sus labios, Murdock se apartó de la ventana, cruzó rápidamente la sala donde se encontraba, descendió hasta el tercer piso y unos minutos más tarde, se encontraba ante René Demangueot.

—Lo han matado —dijo, de buenas a primeras, y casi sin respiración—. Y tan pronto como los de la Sûreté sepan que trabajaba aquí, como recadero, vendrán.

René se puso en pie.

—¿Qué han matado? ¿A quién han matado?

—A lean. Ahí mismo, a poca distancia de aquí, cuando cruzaba hacia el Metro.

René se puso en pie de un salto.

—Repita eso —pidió.

Y Murdock lo hizo, añadiendo algo más:

—Le atropelló un «Mercedes» que luego...

Explicó todo lo que había visto y justo al terminar, alguien golpeó la puerta con los nudillos.

Ambos hombres se miraron a los ojos, y Murdock fue el encargado de dar la respuesta.

—Adelante —dijo—. Está abierto.

Eran tres gendarmes.

—*Monsieur* René Demangueot —preguntó uno de ellos.

—Soy yo —repuso el pintor.

—Debe venir con nosotros. —Miró a Murdock y añadió—: Y usted también, por favor.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Es... hasta ahí fuera. Para un asunto de identificación.

Una vez más, ambos se consultaron con la mirada, y también, una vez más, Murdock fue el encargado de romper el silencio.

—¿Una identificación? —inquirió, fingiendo una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Sí, así es. Se trata de ese muchacho, de lean. Le mató un coche, y alguien de ahí fuera nos dijo que... que... En fin, que trabajaba aquí, en estas galerías.

Sin consultarse ahora, puestos de acuerdo sin mirarse, ambos asintieron en silencio y salieron en pos de los tres gendarmes.

El ancho camino, asfaltado, rodeado de árboles, plantas y hierba; hierba y plantas... apenas entrevisto por los faros del coche. Más allá, la verja de hierro forjado, cerrada a cal y canto.

El taxi se detuvo y el taxista hizo sonar el claxon un par de veces. Casi en el acto, de la caseta que había a la derecha salió un hombre. Algo entrado en años, encorvado, que se acercó a la verja.

—¿Sí?

—¿*Mademoiselle* Dupré? —preguntó Burton, asomando la cabeza por la ventanilla.

El hombre le lanzó una larga mirada y preguntó, a su vez:

—¿Quién es usted, *monsieur*?

—Me llamo Burton —respondió—. *Mademoiselle* quizá me esté esperando. ¿Por qué no le avisa?

No respondió, dio media vuelta, entró en la caseta.

Burton adivinó que iba a telefonear a la quinta, desde allí mismo.

No tardó mucho; de un modo repentino, sin verle aparecer, la enrejada puerta se abrió delante de ellos y el taxi se puso en marcha.

Cinco o seis minutos después, se detenía de nuevo frente a los escalones de mármol blanco del porche. Burton pagó la carrera, ascendió por ellos y se acercó a la puerta.

No tuvo tiempo de llamar; aquélla se abrió, y enmarcada en el

umbral, quedó la figura de una doncella.

—*Monsieur* Burton, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, así es.

—Pase por aquí. *Mademoiselle* Dupré le está esperando.

Entró, y frente a sus ojos quedó el amplio y lujoso vestíbulo. Mientras lo atravesaba en dirección a una de las puertas del fondo, pensó que Isabelle tendría que explicarle algunas cosas.

—Puede pasar, *monsieur*.

Burton empleó los nudillos para llamar, y casi en el acto, oyó su voz.

—Pase, *monsieur* Burton.

Entró, precedido por la doncella.

—Siéntese, ¿quiere? —le indicó, añadiendo, pero ahora dirigiéndose a la sirvienta—: Puedes irte a dormir, Monique. Por esta noche no vas a hacerme falta.

La miró.

No llevaba minifalda, y el cabello tampoco era rubio, algo castaño. Exactamente el mismo que llevaba en el lienzo que la había reproducido, con una similitud asombrosa.

El vestido era largo hasta los pies, sin nada en la espalda. La curvatura del nacimiento de los pechos a través del escote sin mangas, y mostrando también desnudos los bellos y morenos hombros.

—Le dije que se sentara, *monsieur* —dijo.

—Creí que iba a salir —repuso Burton.

Ella le dedicó una sonrisa.

—¿Un *whisky*? —preguntó.

—Sí, si usted toma otro conmigo.

Y vio el regocijo en sus ojos.

—Por supuesto que lo haré, *mon petit* —replicó—. De la misma botella e incluso de la misma copa. Así, de este modo, si hay cianuro o cualquier otra clase de veneno, moriremos juntos. Y no, no voy a salir.

—¿No irá a decirme que se vistió así para recibirme...?

—Cierto. Mi combinación era rosa y... me puse este vestido encima, *mon amour*. —Se sentó frente a él, añadiendo—: Los licores están allí. Sírname usted.

Burton abandonó el sillón, preparó sendos *whiskys* y regresó a su

lado. Al entregarle uno de los vasos, preguntó:

—¿Sabe a lo que vine, *mademoiselle*...?

—Llámeme Isabelle, Burton.

Él bebió un poco y continuó:

—¿Todo esto lo obtiene posando para... para...?

La suave risa de ella le interrumpió:

—Por supuesto que no. Sólo lo hago muy raras veces.

—¿Cómo en ese cuadro?

—Sí, así es.

—¿Por qué lo hizo?

—Me pagaron bien. —Miró a su alrededor y añadió—: Todo esto es solo, fachada, Jeff. Es así como se llama, ¿verdad? —Y añadió, antes de que Burton tuviera tiempo de contestar—: Sólo fachada... pues es fruto de una herencia. Tierra, la casa, los muebles, pero muy pocos francos en el Banco, ¿comprende? Por eso algunas veces suelo posar como modelo.

—¿Y se exhibe...?

—¿Desnuda? No, no siempre.

—Hábleme de ese retrato.

—Le gusta, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Lo adquirió?

—Sí.

—Y ahora... ahora también desea a la modelo.

Era una afirmación.

—Sí —repuso Burton—. Si puedo, sí... Pero eso no me dice lo que deseo saber.

—Ese retrato... Bueno, míster Murdock, el dueño de esas galerías, me conoce desde hace algunos años. Nada de particular, aunque somos amigos. Él me pidió que posara para un cuadro que deseaba hacer René Demangueot. Un muchacho que empezaba ahora, y que era una promesa. Y aquí cito sus propias palabras, Jeff. Me pagaron bien. Quinientos francos por sesión.

—Sí, fue bastante.

—Pero cansado. Nunca me había cansado tanto —repuso ella, tomando el vaso. Bebió un poco y añadió—: En estas dos o tres últimas sesiones, me dormí un par de veces. Y bueno, vinieron las bromas por parte de míster Murdock y René y no me gustaron.

Estaba cansada, y eso, al parecer, para ese pintor es incomprendible. Creo que tiene la vaga idea de que las modelos no deben ni dormir, ni cansarse nunca.

Guardó silencio, y Burton lo aprovechó para terminar con su *whisky*. Y preguntó, cuando ya soltaba el vaso sobre la mesita que había entre los dos:

—¿Quién le dijo que comprara el cuadro; que yo debía adquirirlo?

—A esa respuesta ya le respondí una vez, Jeff.

—Sí, así es, pero quiero que me lo repita de nuevo, *ma chérie*.

Con una nueva sonrisa, Isabelle respondió:

—Mireille, querido. Ella y ahora... —De un modo repentino, la sonrisa se borró de sus labios, y ante la sorpresa de Burton, se puso en pie. Al imitarla, ella hizo un gesto y añadió—: No se moleste, Jeff, quédese aquí, que vuelvo ahora mismo.

No contestó, se limitó a seguirla con los ojos, la vio entrar en una de las habitaciones, y luego, cuando regresó, se fijó en el periódico que tenía en las manos. Un periódico que le entregó, mostrándole la primera plana, y Burton soltó una maldición entre dientes cuando reconoció el rostro de la muchacha muerta.

La reseña, al pie de la fotografía, era escueta. Mireille había sido encontrada muerta, con un balazo en medio de la cabeza, en el centro de su dormitorio por una de las mujeres de la limpieza, la cual avisó a la gendarmería más próxima. La Sûreté dijo a los periodistas que tenía una pista y que no tardaría en detener a su asesino.

¡Aquella misma mañana!

Burton dejó el periódico sobre la mesa, junto a su vacío vaso, y preguntó:

—¿Puedo usar su teléfono?

Ella se lo indicó con un gesto.

—Sí, claro. Yo... bueno, saldré mientras telefonea.

—No hace falta —negó Burton.

Abandonó el sillón, tomó el auricular y disco.

—¿Embajada de los Estados Unidos de...?

—Soy Jeffrey Burton —cortó—. Es una emergencia.

A su espalda, sin dejar de mirarle atentamente, Isabelle escuchaba con atención.

—Espere un momento.

Lo hizo.

El momento se tradujo en más de cinco minutos, al cabo de los cuales oyó una voz hartó conocida por él.

—Informe, Burton.

—Mataron a Mireille.

Silencio al otro lado de la línea, y Burton esperó.

CAPÍTULO VII

Un silencio, largo, pesado, que se quebró de pronto.

—¿Desde dónde llama?

—Desde la villa de los Dupré —respondió.

—¿*Mademoiselle* Isabelle?

—Está aquí, conmigo —cortó.

Al otro lado del hilo hubo un nuevo silencio, largo, pesado, como si su interlocutor estuviera consultando con alguien, lo que tenía que decirle:

—¿Sigue aún ahí, Burton?

—Sí, así es.

—Bien, muchacho, haga lo que sea, pero no le pierda de vista. Si desaparece o le ocurre algo, será el responsable, ¿comprende?

—¿Y cómo diablos...?

—Compóngaselas como pueda, pero tiene que ser así. Son órdenes directas de Washington.

—Bien. ¿Alguna otra cosa?

—¿No lo sabe?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Mataron a un tal Jean... Un muchacho de unos dieciocho años, que trabajaba en la calle de Constantine. En una galería de un tal Murdock.

—¿Y...?

—La Sûreté ha intervenido. Indudablemente, asesinato, ya que el muchacho le llevaba ese lienzo a su hotel. El lienzo ha desaparecido, porque alguien, desde el interior de un «Mercedes», se lo quitó después de atropellarle.

—Lo que en otras palabras quiere decir...

—En primer lugar, que no pierda de vista a Isabelle, y en segundo, que el lienzo no llegue a su destino.

Burton hizo una ligera pausa, antes de formular la siguiente

pregunta:

—¿Qué hay de Murdock?

—Es americano.

—Eso ya lo sé. Pero, aun así, ¿qué hay de...?

—Se le vigila.

—¿Nada más?

—Nada más. Suerte.

Cortaron la comunicación y se volvió a mirarla.

Se había sentado cabalgando una pierna sobre la otra, y por debajo de la larga falda del vestido, Burton pudo ver un pie pequeño, calzado con zapato de alto tacón, y el principio de una pierna elegante, de perfectos tobillos.

La miró a los ojos mientras se acercaba.

—Va a pedirme que pasemos la noche juntos, ¿verdad?

Burton la miró sorprendido y ella le sonrió.

—¿Cómo sabe eso?

—Apuesto a que le dijeron que no me perdiera de vista.

—Sí, así es.

—¿Y...?

—Dije que también deseaba a la modelo.

—Tengo un dormitorio precioso.

—Lo veremos más tarde. Ahora...

—Vendrá el chorro de preguntas.

—Sí, así es.

—Bien, Jeff, venga la primera. Si no me cansa mucho, dejaré que me bese, mon petit.

—La besaré, eso por descontado —afirmó Burton.

Y ella agrandó los ojos.

—Le dije que tenía...

—Un dormitorio precioso —cortó él—. Ya lo oí. Dígame, Isabelle, ¿conocía a Jean, ese muchacho...?

—Sí. ¿Por qué?

—Le mataron, se llevaron el lienzo y... sólo queda usted. Al parecer, una pieza de bastante valor para la CIA. ¿Dónde encaja usted?

—¡Oh! En parte alguna. Posé unas pocas veces para René, he posado para otros y nada más. Ahora estoy aquí.

Se puso en pie y se le acercó.

—Basta de preguntas por hoy, mon *chéri* —dijo—. Basta, ¿comprende? Es tarde y tengo sueño.

Burton la imitó.

—¿Va a echarme a la calle? —preguntó.

Las manos de ella estaban en las solapas de su chaqueta, sólo tenía que inclinarse un poco y la besaría, pero no lo hizo, aunque sí la sujetó por la cintura.

—Dije que podía quedarse.

Le tomó del brazo, y unos segundos más tarde, ambos se encaminaban en dirección al dormitorio.

Más allá, mucho más allá, en París, Von Strasser detuvo el coche frente a la puerta del hotel Parisiën, descendió, cruzó la acera y sin mirar a ninguno de los que se cruzaban con él, fueran hombres o mujeres, entró en el vestíbulo; allí sí lanzó una mirada circular alrededor suyo y luego se encaminó hacia el bar, cuya acristalada puerta abrió de un suave empujón.

La vio apenas entrar, sentada en uno de los taburetes, con una pierna sobre la otra, mostrando a la clientela del bar y a las luecs de las lámparas, la innegable belleza de sus muslos desnudos y, sin dejar de mirarla, se acercó.

Strasser tomó otro de los taburetes, se sentó a su lado y preguntó en francés:

—¿Qué es lo que está tomando, *mademoiselle*?

Y a continuación se enfrentó con sus bellos y rasgados ojos, y con sus labios que le sonreían.

—Un Manhattan, Von Strasser —repuso ella—. Cómo ve, una bebida típicamente americana. ¿Va a invitarme usted?

—No —repuso el alemán, envolviéndola en una sonrisa—. Por lo menos no aquí.

—¿En mis habitaciones, acaso?

Y había una infinita sorpresa en su voz.

—Por supuesto, *fraülein*. Y será interesante. Estoy deseando visitarlas, con usted, desde luego.

—Y yo también, querido, pero tengo una cita.

—¿Esta noche?

—Claro. Por eso estoy aquí, en la barra, mirando a la entrada del hotel. Salió, ¿sabe? Y tiene que venir, o entrar, por esa puerta.

—Una cita nocturna. —Le miró pensativo y añadió—: Una cita

que durará toda una noche, ¿verdad?

—¿Había pensado otra cosa, Von Strasser?

El alemán volvió a sonreír.

—Yo no —declaró, fríamente—. Pero sí usted.

—¿Por qué?

—Míster Jeff Burton, ese americano, no se presentará.

Ella le miró fijamente por espacio de unos cuantos segundos, y preguntó:

—¿Qué fue lo que le ocurrió?

—Tropezó con una judía. —Y hubo infinito desprecio en su voz —. Una judía que...

—¿Cómo sabe eso?

—En nuestro oficio, *fraülein*, siempre hay un medio u otro para averiguar las cosas.

Tomó el vaso, bebió sin dejar de observarle por encima del borde del cristal, y al terminar, le sonrió:

—De acuerdo, querido, acepto esa invitación. Pero no me bese hasta que nos encontremos alejados de aquí.

Pero sí dejó que Von Strasser la tomara de la cintura y la condujera al ascensor.

Seis minutos más tarde, ambos se enfrentaban en el interior del pequeño pero elegante *living-room* de la *suite* que ella ocupaba en el hotel, observándose en silencio.

—¿Y ahora...?

—Ahora, *fraülein*, a esperar. Tenemos toda la noche para hacerlo.

Dio un paso, otro, y le prendió por la cintura notando cómo la muchacha abría los labios bajo los suyos y la caricia de sus nacaradas uñas en la nuca.

Justo en aquel momento, el timbre del teléfono les separó casi violentamente.

Y de los dos, fue Von Strasser quien dijo:

—Tu amante de esta noche, que va a decirte que no puede venir porque se encuentra entre los...

—No seas tonto —cortó ella.

Pero tomó el auricular y lo levantó.

—¿Sí? ¿Dígame?

—¿Von Strasser?

Contuvo la respiración, dudó unos segundos y respondió:

—Ésta no es la *suite*...

—Ya lo sabemos, pero está con usted. Vamos, *fraülein*, no nos haga esperar y que se ponga.

Le miró, justo en el momento en que Von Strasser alargaba la mano hacia ella, en muda petición.

Luego le oyó decir:

—¿Sí?

—Tenemos el cuadro. Venga. Hay algo en él que deseamos que usted mismo vea.

—¿Ahora mismo?

—Ahora.

—*Fraülein* y yo íbamos a...

—Déjelo para otro momento, pero puede traerla si lo desea.

Colgaron al otro lado del hilo, sin darle tiempo a formular una sola pregunta más.

—¿Qué ocurre ahora, *mon chéri*?

Von Strasser amagó una sonrisa.

—Tenemos que irnos.

Los ojos, grandes, rasgados y bellos de la muchacha se helaron.

—¿Dónde?

Von Strasser se encogió de hombros.

—Hay algo interesante que debemos ver.

—¿Y...?

—En un cuadro.

—¿Burton?

—Seguro. Tenemos ese lienzo... y quieren que lo vea... pero me pidieron que te llevara conmigo. Entraremos por la puerta de atrás, y de aquí saldremos por el mismo sitio.

Unos instantes más tarde, ambos ponían en práctica el proyecto.

Se puso en pie, con los ojos fijos en Murdock y fue a la ventana. Miraba al exterior, a través de aquélla, cuando éste preguntó:

—¿Preocupado?

René se encogió de hombros.

—Estoy pensando, desde que ocurrió eso, qué es lo que voy a decirle a ese americano si viene por aquí y me pregunta por su cuadro.

Murdock tardó varios segundos en contestar, y cuando lo hizo

fue diciendo la verdad de lo que pensaba en aquel momento.

—No creo que le vuelvas a ver por aquí, René.

El pintor se volvió a mirarle, y su rostro, lo poco que se podía ver a causa de la barba, a Murdock se le antojó extrañamente impasible.

—¿Por qué?

—Esos americanos compran las cosas y luego las olvidan.

—No es ésa la idea que tengo de ellos.

—¿No?

—Cierto que no. Ese tipo vendrá reclamando los quinientos dólares y las cosas no están para... para...

Murdock le interrumpió con un gesto y a continuación formuló una nueva pregunta, sorprendiéndole por lo inesperada:

—¿Recuerdas quién me encargó el retrato? Mejor dicho, ¿quién te lo encargó a ti?

—Un par de extranjeros. Luego, tú buscaste a la muchacha. A esa Isabelle. Gran chica. Me hubiera gustado...

—Ella no es de nuestra clase, René —interrumpió el americano.

—Bien, no lo es. Por lo tanto, dejaremos el tema... En cuanto al encargo del cuadro... ¿Qué diablos tiene que ver...?

—Extranjeros, ¿verdad?

—Sí, así es. Pero...

Una vez más, Murdock le interrumpió.

—Es fácil de adivinar, si te pones a pensar un poco. René. Extranjeros, sí, pero no eran americanos. Repentinamente, uno de esos estadounidenses viene y compra el cuadro, pagando dos veces más de su valor, y luego, siempre luego o después, lo envías al hotel Parísien, y lean muere, y el lienzo desaparece. Yo mismo le vi, René. Por tanto, la pregunta siguiente es ésta: ¿Qué tenía el cuadro?

René le miraba con los ojos muy abiertos, como dudando, hasta que estalló:

—¡Y yo qué cuernos sé!

Murdock no contestó, se limitó a mirar su reloj de pulsera.

—Es bastante tarde, René. —Fue lo que dijo—. Me voy a comer. ¿Y tú?

El pintor se encogió bruscamente de hombros.

—Tengo una nueva idea, pero voy a necesitar a una modelo. Pero no una nueva, ¿comprendes?

—No.

Pero ahora, Murdock mentía.

—Pues es sencillo. Mil francos por sesión, pero la modelo tiene que ser *mademoiselle Dupré*.

—¿Sí?

—Seguro. Voy a pintar un desnudo. Una Venus Afrodita, y quiero que el cuerpo y el rostro sean los de ella. Una diosa del Olimpo, ¿comprendes? Es una buena idea.

Lo era, a juicio de Murdock. Ahora, la dificultad estaba en que Isabelle se aviniera a posar nuevamente para René. Sabía también, positivamente, que el francés no era del agrado de la muchacha.

Habían salido un par de veces juntos, y lo que ocurrió entre ellos, jamás llegó a saberlo. Por otra parte, tampoco le importaba, pero el hecho en sí era aquél.

—Haré lo que pueda, René. —Fue lo que dijo, pensando en lo contrario, por supuesto, y unos segundos antes de alcanzar la puerta para salir.

René quedó allí solo y de nuevo fue a la ventana.

Abajo, a sus pies, tanto la calle como la vecina Explanada de los Inválidos estaban tan concurridas como siempre, como todos los días, y también tan tranquilas.

Bostezó, dio media vuelta, y con el pensamiento puesto en el bar donde casi todos los días tomaba el bocadillo del mediodía, abandonó las galerías, luego de cerrar las puertas con llave, y alcanzó la calle.

Pisó la acera, y al hacerlo, supo de modo definitivo que aquello, la Explanada de los Inválidos, no estaba tan tranquila ni mucho menos.

CAPÍTULO VIII

Eran dos.

Uno, desconocido para René, pero el otro no.

—¿Usted?

Von Strasser le mostró sus fuertes dientes en una mueca.

—Vamos, camina.

Miró a ambos lados.

No llevaban arma alguna a la vista, pero René sabía que no era así, y también lo que iba a suceder mucho después, si les dejaba.

—¿Hacia dónde? —preguntó.

—Hacia la trasera de las galerías. Hay un coche esperando.

—¿Y...?

—Vamos a dar un paseo. Queremos hablar contigo.

—Supóngase que...

Von Strasser le cortó bruscamente.

—Tienes apenas un par de segundos para decidirte a venir o morir aquí y ahora. Llevamos armas, ¿sabes? Con silenciador —precisó, con una nueva sonrisa.

René volvió a mirar a su alrededor.

A la gente que circulaba de un lado para otro, a la puerta del bar, y pensó en Murdock. El americano no aparecería hasta una hora más tarde, pero de ser lo contrario, sólo serviría para que ambos murieran allí.

—De acuerdo —dijo—, vámonos.

Ninguno de los dos le contestó.

El coche era un «Peugeot» pintado en negro. Un coche que Stella Sterling hubiera reconocido, de haberlo visto.

—Ése es el coche —dijo el alemán—. Vamos, camina.

Siempre sin contestar, René continuó avanzando, vio abrirse una de las portezuelas y entró, llevándoles atrás.

Y en contra de lo que esperaba, en contra de lo que hicieron con

Stella, a él nadie le golpeó.

El coche se puso en marcha.

El silencio en el interior, sólo roto por el suave runruneo del motor, era denso.

Los pensamientos de René Demangueot eran disparos, hasta que de un modo repentino tomaron un único cauce. No le habían tapado los ojos, no les importaba, a sus raptos, que supiera el lugar adónde le llevaban; que supiera, asimismo, por los lugares que iban pasando, y aquello solo podía tener un significado.

Preguntó con la voz ligeramente ronca:

—¿Van a matarme?

Von Strasser sonrió.

—Nadie habla de matar, sino de ajusticiar, René, pero no creo que te ocurra nada, si nos dices lo que deseamos saber.

—¿Y es...?

La sonrisa del alemán se amplió.

—Lo sabrás a su debido tiempo. Ahora es mejor que cierres el pico. Nos estás molestando. Silver, aquí presente, opina lo mismo que yo.

Reiié le miró de soslayo.

Francés, compatriota suyo, de rostro colorado, rubicundo el pelo, y ojos negros. Delgado, cadavérico, como si padeciera una enfermedad crónica. Silencioso, taciturno y sombrío.

Se estremeció, mirando por la ventanilla.

¿Cuánto tiempo llevaban rodando?

Debería hacer muy poco, y tal vez mucho. No lo sabía con certeza. Sabía, sí, que habían cruzado al otro lado del Sena, pero no lograba recordar el nombre del puente por el que lo habían hecho.

Un camino. El coche empezaba a saltar. Se sujetó cómo pudo.

A ambos lados de su cuerpo, notaba los de Silver y Von Strasser. Si pudiera hacer algo...

Pero no podía.

Cerró los ojos tratando de pensar.

Tampoco pudo.

Disminuía la velocidad.

Los abrió y miró por la ventanilla. Árboles y plantas trepadoras.

Trató de hacerlo a través del cristal del parabrisas, ladeando un poco la cabeza, ya que la del conductor se lo impedía, y nadie se lo

impidió.

Estaban llegando.

Vio la casa de una sola planta, de ladrillo rojo, sin verja alguna que la rodeara, silenciosa; como vacía, muerta, pero Rene sabía que aquello era sólo una apariencia.

Sabía que allí la estaba esperando la muerte.

El coche se detenía, se detuvo.

Casi en el acto notó cómo Von Strasser se movía y el ruido de la portezuela al abrirse.

Le miró.

Estaba saltando al suelo.

—Cuidado, René, porque el matarte ahora y aquí, sería un placer.

Ni siquieraladeó el rostro para comprobar si Silver tenía la pistola en la mano, pero no hizo un solo gesto agresivo cuando desde el suelo, Von Strasser le indicó con el cañón de la que ahora empuñaba, y con palabras:

—Baja.

Lo hizo, llevando a Silver detrás.

—Camina hacia la casa.

Lo hizo también, delante de los dos.

—Empuja la puerta, pero no cruces el umbral. Continuó obedeciendo.

Von Strasser pasó primero, con un gesto le indicó que continuara avanzando y también obedeció.

Y como siempre, cuando cruzó el umbral, llevaba a Silver pisando sus talones.

Se detuvo en el centro de lo que podía llamarse el recibidor y preguntó:

—¿Y ahora...?

—De aquellas dos puertas —replicó Von Strasser, refiriéndose a las que quedaban frente a ellos—, la de la derecha.

René se encaminó hacia allí, la abrió de un empujón y cruzó el umbral sin que ahora nadie, a su espalda, dijera nada en contra.

Una habitación cuadrada, una silla y cuatro paredes lisas, sin ventana alguna.

René Demangueot no lo sabía, pero allí, antes que él, había estado una muchacha americana. Una muchacha llamada Stella

Sterling.

Sólo vio algo que no comprendió; habían hecho obra reciente. Parte del muro había sido reconstruido y el marco adosado al mismo, el marco de madera que sujetaba la puerta era nuevo.

También la puerta.

Una puerta que estaban cerrando.

Les, miró.

Von Strasser había guardado la automática, pero el francés, Silver, tenía la suya en la mano.

El alemán se le estaba acercando, pero no mucho. Sólo lo suficiente, pero sin ponerse delante del cañón de la pistola de Silver.

—Ahora vamos a hablar, René.

Demangueot hizo una mueca.

—¿Y para hablar me han traído aquí? —inquirió—. ¿Por qué?

El rostro de Von Strasser se mostró impasible.

—Es un lugar tranquilo, René —respondió—. Ahora sólo quiero que me contestes a una pregunta.

—¿Qué es?

Von Strasser se pasó la lengua por los resecos labios.

—Sencilla, muy sencilla —dijo—. Se trata de ese cuadro. O mejor dicho, del lienzo que alguien le quitó a uno de tus obreros. A un joven llamado... ¡Ah, sí! Jean o algo así.

—¿Y?

—Espera y no te impacientes, René. Tenemos tiempo hasta la noche.

—¿Tanto?

—Claro. Hay otros que encabezan la lista, y que ahora, por otras razones que no vienen al caso, no pueden estar aquí.

Estaba mintiendo, pero René no lo sabía.

—Bien —dijo—, suelte lo que sea y déjeme en paz, Von Strasser. ¿Qué es lo que ocurre con ese cuadro? Es uno de los mejores que he hecho. La modelo es... es...

—Perfecta, ya lo sé —repuso el alemán—. Una mujer por la que cualquier hombre... Pero eso ya se andará, René. ¿Dónde lo pusiste?

—¿Qué dónde puse...?

Von Strasser dio otro paso más. A su espalda, Silver tenía el

dedo crispado sobre el gatillo de la automática que empuñaba.

—Si se refiere al cuadro...

—Veinte mil francos son muchos francos para un tipo como tú —continuó el alemán—. Por última vez, ¿dónde lo pusiste? El lienzo fue examinado a conciencia con una lupa, y no está. ¿Dónde, René?

—No sé de qué diablos...

Strasser dio otro paso hacia él, con las manos desnudas, y René se llevó la suya al bolsillo del pantalón.

Hubo un seco chirrido y frente a los ojos del alemán brilló una navaja de muelles, de grandes dimensiones. Saltó hacia atrás, pero no pudo evitar que la acerada hoja le rasgara parte de la chaqueta.

Volvió a saltar, y Silver no disparó, no era aquella orden la que tenía. Por tanto, mientras Strasser retrocedía hacia la pared, con los ojos dilatados mirando la hoja de la navaja, sabiendo que el francés terminaría en contados segundos con él, los que tratara de introducir la mano en su bolsillo en busca de la automática para defenderse del arma blanca, tomó la silla, y la lanzó.

Tuvo suerte.

La silla se hizo astillas contra la cabeza de René, que se desplomó al suelo sin un solo gemido, y soltando la navaja.

Von Strasser no dijo nada, se acercó a él, se inclinó, la tomó, cerrándola, se la guardó en el bolsillo y tras lanzar una mirada a Silver, abandonó la habitación.

Cuando regresó unos cuantos minutos más tarde, traía otra silla.

Entre los dos tomaron el cuerpo inanimado de Bemangeot y lo sentaron.

Cuando abrió los ojos, había pasado media hora o más.

Frente a él se encontraba Silver, junto al marco de la puerta, pero no así Von Strasser. En su lugar, sustituyéndole, había una mujer.

Una mujer rubia a la que no conocía.

Una blusa con escote en uve, el nacimiento de los senos, y unos *shorts* muy cortos, eran todo su tocado, salvo los zapatos de tacón grueso y puntera redonda con que se calzaba los pies.

—Quiero respuestas y sin evasivas, René —dijo, de buenas a primeras—. Por lo tanto, vas a decirme a mí dónde pusiste eso. En la pintura no está. ¿O tal vez lo vendiste? Si es así, quiero saber a

quién. ¿Qué potencia fue, querido?

Se acercó más, mucho más, y se detuvo casi rozándole.

René no se movió, sabía que era inútil, y no por el arma de Silver que le apuntaba desde la puerta, sino porque se encontraba atado en la silla.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Ella le mostró sus dientes iguales en una sonrisa y luego el cigarrillo que humeaba en su mano fue a su boca de labios rojos y sensuales.

—Mi nombre no te dirá nada, René, pero te lo diré. Stella Sterling, de la CIA norteamericana.

René hizo una mueca.

—Está mintiendo, mon chérie —dijo, en francés—. Usted no es americana sino francesa. Exactamente igual que yo.

La sonrisa de ella tuvo una extraña nota burlona cuando contestó:

—Eso no importa ahora. Responde, René. Voy a darte tres segundos para que lo hagas. Si no es así...

—¡Espere!

—¿Sí...?

—¿Qué gano yo en esto?

—La vida, mon amour —repuso ella, ahora en francés—. Lo que es magnífico, luego de haber venido hasta aquí.

—Eso no se lo cree ni usted misma, Stella. La llamaré así porque de algún modo tenemos que entendernos.

—Tendrás que fiarte de mí.

—Ésa es otra de las cosas que tampoco cree usted.

Se le acercó más, rozando ahora sus rodillas con los muslos.

—¿Dónde lo pusiste, René?

El pintor arqueó una ceja.

—De eso hablaremos dentro de unos minutos —repuso aparentando, como siempre, una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Hablaremos ahora. ¿Dónde?

Sonrió, y su sonrisa tuvo la virtud de interrumpirla.

—Escuche, Stella...

—Me llamo Denise —repuso ella, secamente.

—Correcto, mon petit amour. Mientras lo sepa yo solo, tengo

más posibilidades de vivir.

Denise sopesó aquellas palabras.

—Sí, es cierto —respondió—. Muy cierto, René, pero no menos cierto es que hay muchas maneras de morir, y otras tantas para hacer hablar a un hombre.

—¿Y son...?

—Así, mon *chéri*; de este modo.

Antes de que René tuviera tiempo de ladear la cabeza tratando de impedirlo, con una frialdad aterradora, Denise le clavó en el ojo la punta incandescente del cigarrillo que estaba fumando.

CAPÍTULO IX

El grito horrible de René rebotó de pared en pared, extinguiéndose por sí solo en el interior de la cerrada habitación, mientras caía hacia atrás, arrastrando consigo la silla a la cual permanecía atado, revolcándose en el suelo a los pies de Denise que, fría, impasible, inhumana, continuó fumando en silencio hasta que el otro, transpirando por frente y rostro, gimiendo, se quedó quieto.

Entonces se acercó.

—¿Dónde, René? —preguntó.

Y hundió la puntera de su zapato en el estómago del caído.

René se descompuso, y Denise esperó.

Y le golpeó de nuevo, con los pies, un par de veces más, en tanto que Silver, automática en mano, les contemplaba en silencio e impasible.

—Responde, querido.

Se inclinó y clavó la punta del cigarrillo en una de sus mejillas. René se retorció, lo mismo que una culebra, chillando, y Denise se inclinó un poco más, casi de rodillas, a su lado.

—Habla, mon amour —dijo, entre dientes—, o voy a destrozarte, aunque... aunque no me...

—Espere... espere...

—¿Dónde?

—En el pecho... en uno de los pechos de... de...

Denise se puso en pie, y en aquel momento, Silver apretó el gatillo.

René quedó quieto, ahora figura grotesca atada a la silla. Figura sin vida, como un guiñapo.

Lo mismo que una fiera, Denise se volvió a mirar a Silver.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

—¡Cuernos! Era ésa la orden que me dio usted, ¿no? Que tan

pronto como hablara...

Los ojos helados de ella se mantuvieron fijos en él, muy fijos.

—Sí, así fue —repuso—, pero en este caso ha sido un poco precipitada.

—¿Por qué?

—Porque no terminó de decirme todo lo que deseaba saber, imbécil. —Guardó silencio unos cuantos segundos, al cabo de los cuales añadió—: Sácalo de aquí y... Bueno, no hace falta que te diga lo que debes hacer.

No esperó respuesta. Se acercó a la puerta, abrió, cruzó el umbral cerrando a su espalda, y fue a la parte trasera de la vivienda.

Von Strasser se volvió a mirarla, pero no se acercó.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me dijo algo, pero no todo.

—¿No? ¿Por qué?

—Silver le mató antes de que terminara de hablar. Von Strasser abandonó el sillón en que se sentaba. —¡Cuernos! ¿Cómo fue...?

Y ella se lo explicó.

Al terminar, ambos se miraron en silencio durante un corto espacio de tiempo, silencio que cortó el propio Von Strasser.

—¿Y ahora? —preguntó.

—En el lienzo no está —dijo ella.

—No, por supuesto que no. En cuyo caso...

—Nos queda otra persona, antes de... de...

—¿De qué?

—Esa judía.

—¿Quieres decir...?

—No. Antes prefiero el americano.

—¿Burton? Ése no tiene el micropunto, y te apuesto a que aún no sabe...

—¡Ya lo sé! —le interrumpió Denise—. Y no me estaba refiriendo a él, sino a ese otro. A Murdock. El dueño de esas galerías de arte. Allí se pintó el cuadro y... René pudo decirle alguna cosa. Como por ejemplo, dónde colocó el micropunto.

—¿Por qué a él, precisamente?

—Hasta un tonto lo sospecharía, mon amour. René pudo ponerse en contacto con Murdock y éste, a su vez, con la Embajada de

Estados Unidos por mediación de ese americano. O con cualquier otro. Murdock tiene muy buenos contactos en París. Sea lo que fuere, voy a intentarlo. Luego, si fracaso... —Se encogió de hombros y añadió, sin dejar de mirarle a los ojos—: Iré a por la modelo.

Von Strasser guardó unos segundos de silencio y preguntó:

—¿Cuándo irás a ver al americano?

—Está anocheciendo, mon amour —repuso, suavemente—. Por lo tanto, voy a dejarla para mañana. Iré a la calle de Constantine y entraré en las galerías. Cualquier cuadro puede ser un pretexto para...

—Ten cuidado, ¿quieres?

—Sé cuidarme sola.

—Lo sé, pero debes tenerlo. No olvides que esas galerías están vigiladas por la Sûreté desde la muerte de aquel muchacho, y ahora la vigilancia se extremará aún más, si ese Murdock da cuenta de la desaparición de René. Que lo hará tan pronto como note su ausencia.

—Sí, quizá sí... aunque yo no estoy tan segura.

—¿No? ¿Por qué?

—Es sencillo. No lo hará, si ambos, René y él, estaban de acuerdo en lo del micropunto.

Von Strasser sólo respondió con más palabras:

—¿Nos vamos, me petite? —preguntó en detestable francés.

Y ella se echó a reír.

Amanecía.

Isabelle se desperezó sobre el lecho, bostezó, luego se sentó en el borde, miró a Burton que continuaba durmiendo a su lado, saltó al suelo, se puso un salto de cama y abandonando el dormitorio corrió al *living*, donde el teléfono estaba sonando.

Lo tomó a continuación y preguntó:

—¿Sí? ¿Dígame?

—Isabelle, ¿verdad?

Sonrió. Ella también conocía aquella voz; la reconocería entre mil.

—Sí, así es.

—¿Burton?

—Durmiendo.

—Bien, vístase y tome un coche. El contacto lo hará en la Place

du Trocadéro, frente al Palais Chaillot. Hora, las once y media de esta misma mañana. Cómo ve, tiene tiempo de llegar.

—¿Quién será el contacto?

—No lo sé, pero...

Le dio la consabida contraseña y al terminar, Isabelle formuló una nueva pregunta:

—¿Qué hay de Burton?

—Déjele una nota, pero no le explique nada. Oiga, sencillamente, que tuvo que salir. Y tenga cuidado; no debe despertarle bajo ningún pretexto.

—Lo intentaré, pero se va a llevar un disgusto cuando despierte y no me vea a su lado en la cama.

Al otro lado del hilo cortaron la comunicación.

Isabelle regresó al dormitorio, se vistió apresuradamente, escribió unas palabras en un papel, lanzó una nueva mirada a Burton y con los zapatos en la mano, salió fuera.

Cuatro minutos más tarde se encontraba en el garaje de la mansión, en el interior de un convertible y dos después, cruzaba la enrejada puerta, camino de París.

A la entrada lo detuvo, encendió un cigarrillo y estuvo fumando durante unos minutos, escudriñando los alrededores y luego, apagándolo contra el cenicero del coche, descendió, cerró con llave las portezuelas y entró en el Metro.

Eran las once y veinticinco minutos cuando alcanzó la Place du Trocadéro, buscó un banco solitario frente a la puerta del palacio y esperó, mientras abría el bolso, para sacar el paquete de cigarrillos.

Se puso uno en la boca.

El coche era un «Citroën», que apareció por una de las bocacalles, a moderada velocidad.

Se detuvo.

Era un hombre.

Isabelle vio su rostro frío, duro, bajo el ala del sombrero, y los ojos oscuros, escrutadores fijos en ella.

—¿Sube, *mademoiselle*?

Isabelle arqueó una ceja, abandonó el banco y se acercó al coche.

—¿Dónde va a llevarme, mon *chéri*? —preguntó a su vez.

El hombre se encogió de hombros.

—¡Oh! —dijo—. Por ahí, a dar una vuelta por París. —
¿Maxim's?

—¿Y por qué no, si espera a la noche?

Abriendo la portezuela, Isabelle se acomodó a su lado, notando
fijos en sus piernas los ojos del hombre.

—¿Le gustan? —comentó.

—Son preciosas —repuso él.

—Pero el saberlo no conduce a nada.

—No, desde luego que no. ¿Un cigarrillo? Por supuesto que ya
tiene uno en la mano, *mademoiselle*. —Sacó el encendedor, le dio
fuego y añadió, tan pronto como Isabelle se recostó contra el
respaldo del asiento—: ¿Nos vamos?

—Usted manda, mon amour.

—Ojalá lo fuera.

—¿El qué?

—Eso, mon amour.

Isabelle se echó a reír.

—Vámonos. —Fue lo que dijo después.

El «Citroén» se puso en marcha hacia el Sena, hacia el Port
d'Iéna, por dónde lo cruzaron.

En silencio atravesaron al Quai Branly, y al acercarse a la torre
Eiffel, que rodearon, el hombre que llevaba a su lado habló:

—Tiene que establecer contacto tan pronto pueda.

—¿Y...?

—Una mujer. Una rubia.

—¿Y...? —repitió Isabelle.

—En el hotel Parisiën.

—¿Qué le digo a Burton, si me encuentra allí?

—Que le encontrará, por supuesto, pero eso es cosa suya y no
mía, Isabelle.

—Sí, así es. ¿Algo más?

Por espacio de algunos minutos continuaron hablando, hasta que
el «Citroén» se detuvo.

Isabelle descendió, y se alejó de allí, sin una sola despedida, sin
una sonrisa por parte del hombre que la había llevado a aquel
lugar, muy cerca del hotel Parisiën.

Entró, lanzó una mirada a su alrededor, atravesó el *hall* y en el
comptoir, preguntó:

—¿La *suite* de *monsieur* Burton?

El encargado lanzó una mirada hacia atrás, hacia el casillero correspondiente, y mirándola ahora, respondió:

—No se encuentra en el hotel, *mademoiselle*... aunque eso nunca se sabe.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Es bastante descuidado con las llaves. Algunas veces sale, y se olvida de dejarlas aquí.

—¿Lo que quiere decir que...?

—Es muy posible que se encuentre allí, ahora. ¿Quiere que llame por teléfono?

Isabelle le dedicó una de sus mejores sonrisas.

—No. Voy... Bueno, quiero darle una sorpresa. Gracias.

Dio media vuelta, se acercó a uno de los ascensores y subió.

Llegaba casi a la puerta cuando Von Strasser salió de la suya, y se detuvo en seco, arqueando una ceja.

El lienzo, la modelo...

Dio una zancada y se plantó a su lado.

—¿*Mademoiselle*...?

Era una pregunta, cortés, con fuerte acento extranjero, dicha con voz educada, e Isabelle se detuvo, enfrentándole.

—¿Sí...?

El alemán vaciló antes de proseguir:

—Verá, quizá crea que se trata de un truco, viejo y gastado, pero la verdad es que su rostro... me parece haberlo visto antes. Perdone, *mademoiselle*, pero...

La luminosa sonrisa de ella le desconcertó, cortándole.

—¡Cierto que sí, *monsieur*! —repuso Isabelle—. En cualquier cuadro. En cualquier exposición de pinturas donde haya un rostro y un cuerpo de mujer.

Von Strasser no lo pensó dos veces.

—¿Modelo? —inquirió.

—Sí, así es.

—¿Y... puedo preguntarle qué vino a hacer a este hotel? ¿O se hospeda aquí sin que yo lo sepa...?, o que sería tener mala suerte por parte mía, ¿no?

Isabelle lanzó una discreta carcajada.

—Posiblemente, sí —dijo—. En cuanto a lo otro... Vine a ver a

un amigo y deseo darle una sorpresa.

—¿Le conozco yo?

La sonrisa de Isabelle nunca fue tan inocente como en aquel momento.

—Sí... tal vez, ya que se hospeda en este hotel.

—¿Y es...?

—Míster Jeffrey Burton —repuso la muchacha.

El rostro del alemán no cambió.

—Le conozco, por supuesto, pero ahora no está. Isabelle arqueó una ceja, en señal de sorpresa.

—¿No? —preguntó—. ¿Cómo lo sabe?

—Le vi salir. Pero si quiere comprobarlo...

Durante unos segundos, Isabelle se mostró indecisa, hasta que respondió:

—No. Iré al bar y le esperaré allí.

Fue a dar media vuelta y el alemán continuó:

—Si quiere, puedo invitarla yo.

Y se encontró con sus ojos muy abiertos, que le miraban fijamente.

—¿Y por qué no? ¿En el bar?

El alemán señaló una de las puertas del pasillo.

—O ahí —dijo—, si no tiene inconveniente. Tengo champaña.

Isabelle le dedicó una nueva sonrisa.

—De acuerdo —respondió—. Vamos.

Entraron ambos, y el alemán, sin tocarla, la llevó al *living*.

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hizo, en el sofá, cabalgando una pierna sobre la otra.

Estaba realmente fascinante, cuando Von Strasser se volvió, llevando en las manos sendas copas de champaña que depositó frente a ella, en la mesita.

—Siéntese a mi lado, ¿quiere?

El rostro de Von Strasser estuvo a punto de delatar lo que experimentaba, ante una petición que no esperaba.

Lo hizo.

—¿Y bien...? —preguntó ella.

—Bien... ¿qué?

Isabelle sonrió, tomó la copa, se mojó los labios, le sonrió y replicó:

—Creí que iba a hacerme algunas preguntas.

—¿Sí...? ¿Para qué?

—Entonces, ¿por qué me trajo aquí?

—Ya se lo dije, para invitarla a tomar una copa, y algo más. Siempre me gustó estar a solas con una mujer hermosa.

Isabelle bebió por segunda vez.

—No voy a rechazarle, mon amour —dijo, notando cómo el brazo del alemán se extendía por detrás de ella, sobre sus hombros.

Y le ofreció los labios, por lo que el beso brotó violento entre los dos.

Al terminar, pidió:

—Deme un cigarrillo, ¿quiere?

Von Strasser extrajo el paquete y le dio uno que encendió a continuación.

—¿Es muy amiga de Burton, *mademoiselle*?

Era un juego, y al fin había surgido la pregunta; la que verdaderamente le interesaba al alemán.

—No, no mucho, pero compró un cuadro. Un cuadro en el que yo serví de modelo.

—¿Y...?

—Bueno, deseo el cuadro. Hablé con él, y se avino a volvérmelo a vender.

—¿Por qué?

Isabelle le dedicó una suave sonrisa, pero no fueron tan suaves sus palabras.

—Lo cierto es que no lo sé... pero alguien me asustó. Dijo algo de la CIA americana, mon *chéri*, e Isabelle tiene miedo... Pero ¿no bebe?

Los ahora helados ojos de Von Strasser la recorrieron de pies a cabeza.

—Repita eso, *mademoiselle* —pidió, alargando ya la mano hacia su copa de champaña.

—Alguien habló de un... un micro... micro... micropunto, ¿verdad? —Y abrió muchos los ojos cargados de inocencia, de tanta, que Von Strasser estuvo a punto de saltar sobre el sofá—. Es así como se llama, ¿no?

—Sí, así es... Pero eso... Bien, *mademoiselle*. —Tenía la copa en la mano cuando respondió—: ¿Quién le habló de eso?

—Una mujer —repuso ella, fríamente, en contraste con su expresión anterior—. Una mujer llamada Stella Sterling. Una rubia... con mejores piernas que las mías... sin contar sus pechos, claro.

—¿Stella Sterling...?

—Sí, así es. —La frialdad de Isabelle era ahora sencillamente aterradora—. Dijo que era de la CIA, y que debía ponerse en contacto con míster Burton. Mi amigo, ya sabe, para reclamar ese cuadro... por el micropunto o como diablos llamen a eso, los espías americanos.

Von Strasser se llevó la copa a los labios, la apuró de un sorbo y respondió:

—¿Dónde está ese... ese...?

Siempre jugando a los contrastes, los ojos de Isabelle se le mostraron tanto o más risueños que sus labios, cuando respondió:

—Supóngase que lo tengo yo, Von Strasser.

El alemán se puso en pie de un salto y llevó la mano a la funda de la axila, mientras que la última conversación sostenida con Denise le golpeaba la mente.

—¡Maldita...!

No terminó; la estaba apuntando ya cuando desorbitó los ojos, se llevó las manos a la garganta, soltando la pesada «Germán Luger» que empuñaba, y se desplomó al suelo como un saco.

Sin un solo estremecimiento, Isabelle tomó su copa, la levantó, con los ojos fijos en el cuerpo inerte del alemán y brindó:

—A votre santé, *monsieur* Von Strasser.

La vació de un sorbo, dio media vuelta y se acercó al teléfono.

CAPÍTULO X

Disco.

Durante unos segundos, oyó al otro lado de la línea la insistente señal de llamada, y, por fin, levantaron el auricular.

—¿Sí...?

—¿*Monsieur* Murdock? —preguntó a su vez.

—¡*Mademoiselle* Isabelle! ¿Va a venir por aquí? ¿Cómo se encuentra?

La voz del conserje de las galerías de pintura de la calle de Constantine, era francamente alegre.

—No. No por el momento —repuso ella—. ¿Está *monsieur* Murdock?

—Ha salido. Los de la Sûreté no le dejan desde que... que ocurrió lo de lean. Se enteró, ¿verdad?

—Sí, lo leí en los periódicos. —Hizo una ligera pausa y preguntó —: ¿No sabe cuándo regresará?

—No.

Isabelle hizo una pausa que el conserje interrumpió, al añadir:

—¿Quiere que le deje un recado?

Isabelle dudó unos segundos, hasta que se le ocurrió la idea.

—Sí. Dígale que se entreviste conmigo. Que no pierda tiempo ni para entrar en las galerías, sino que tome el Metro y vaya hasta la estación de Marchandises y me espere allí. Es... es muy importante.

—Se lo diré.

—Dígale, que se trata de la desaparición de Rene... y del cuadro que me pintó hace poco. Ese cuadro que encargaron unos extranjeros. Él entenderá.

Cortó la comunicación, lanzó una nueva mirada al cuerpo inmóvil de Von Strasser y empezó a acercarse a la puerta de salida.

El ruido de una llave entrando en la cerradura le hizo detenerse en seco, lanzando a continuación una mirada a su alrededor.

Dos puertas; la del dormitorio y la del lavabo.

Escogió una, al azar.

El dormitorio: Isabelle entró, cerró a su espalda y pegada a la pared, en un lugar en que la puerta la ocultaría al abrirse, hurgó en el interior de su bolso.

Cuando sacó la mano de allí, empuñaba un revólver de cañón corto, calibre 32.

Entonces, al otro lado de la puerta, oyó el ahogado y contenido grito de sorpresa de una mujer, y sus pasos.

Isabelle no se movió, si bien trató de cerciorarse de la identidad de la persona que acababa de entrar en la *suite* de Von Strasser, a pesar de tener la casi seguridad de saber de quién se trataba.

Se sentó en la cama, de golpe.

El sol del nuevo día entraba a raudales por la ventana, y miró a su alrededor. Estaba solo, y frunció el ceño, escuchando. Isabelle podía estar en el cuarto de baño, pero ningún rumor le llegaba desde allí, ni tampoco el del agua al correr por el interior de las tuberías.

El papel.

Lo vio antes de los tres segundos siguientes, prendido a la almohada con un alfiler, justo en el lugar donde reposara la cabeza de ella, no hacía mucho.

Burton lo tomó, leyéndolo a continuación.

Escueto y sencillo:

«Tuve que salir, mon amour —decía—, y no sé cuándo volveré... ni tampoco puedo decirte adónde voy. Nos volveremos a ver en el hotel Parisiën. ¿No es allí donde te hospedas, en París? ¡Ah!, no tienes necesidad de telefonear pidiendo un taxi. Encontrarás un par de coches en el garaje, toma uno y vete».

No había firma.

Burton maldijo entre dientes; saltó de la cama al suelo y empezó a vestirse, luego de comprobar que continuaba teniendo la automática en su poder, con el cargador completo.

Salió, buscando la puerta que debía conducirle al exterior, sin tropezarse con la doncella que le recibiera la noche anterior.

Al parecer, la quinta estaba completamente vacía.

La rodeó, una vez fuera.

Isabelle no le había mentido. Los coches estaban allí, con las llaves puestas.

Un «Alfa Romeo», de tres años atrás, cuyo volante empuñó después de cerciorarse de que todo en el interior del coche estaba perfectamente.

La grande y enrejada puerta se abrió a su paso, saludó al portero con un gesto de su mano y, una vez en la carretera, condujo rápidamente hacia París.

Pero se detuvo, tan pronto como vio una cabina telefónica.

Disco.

Stella Sterling no estaba en la *suite*, y sonrió con ironía. La muchacha americana se había cansado de esperarle, y no la culpaba por ello. Ninguna mujer esperaría tanto tiempo a un hombre, por una simple aventura amorosa que nada tenía que ver con la organización a que ambos representaban en París.

Regresó al coche y continuó conduciendo a moderada velocidad y poco más tarde, como si de antemano supiera los pasos que diera Isabelle horas antes, Burton detuvo el «Alfa Romeo», descendió, dejando cerradas las portezuelas, y entró en el Metro.

Cuarenta y ocho minutos tardó en regresar a la superficie, a menos de dos manzanas del lugar donde se encontraba instalado en hotel Parisiën, pero no se llegó a él por el momento, sino que antes entró en un bar.

Pidió un bocadillo de jamón, una cerveza y con los ojos fijos en el fondo del vaso, entre bocado y bocado, meditó.

Recordaba a Isabelle.

Sus brazos, sus caricias, sus besos, su total entrega; pero, sobre todo, su conversación.

Repasaba mentalmente todos los acontecimientos ocurridos desde el momento en que tomó tierra en el aeropuerto de Orly, para adentrarse en un país extranjero, para matar o para morir.

Laos, Camboya, Vietnam, las conversaciones de paz en el corazón de París, tanto las públicas como las secretas... todo, todo aquello, estaba en el interior de su mente. Las violaciones del alto el fuego... los ataques comunistas y las cosas... los secretos, los altos secretos de la Casa Blanca.

Hizo una mueca, terminó con el bocadillo y se bebió un sorbo de cerveza.

Stella Sterling, Isabelle... la dama del cuadro, como él mismo había dado en llamarla, y un micropunto que podía estar en cualquier parte, por inverosímil que pareciese.

Un cuadro... con Isabelle, vistiendo como una gitana española o como una gitana húngara y...

Repentinamente, sus nervios se tensaron como cuerdas de guitarra y de modo mecánico, se llevó el vaso a los labios y terminó con la cerveza, casi sin respirar.

Podía ser aquello, lo que acababa de pensar, podía serlo desde luego... si Isabelle no le mintió en una de sus conversaciones.

Lo era desde luego.

Hizo una seña al barman.

—¿Sí...?

—Ponga otra —pidió.

Se la sirvió sin pronunciar palabra, Burton pidió el importe de la consumición, pagó, y se quedó allí, con los ojos fijos en el fondo del vaso, tratando de anudar los últimos cabos de todo aquello.

Cuando creyó haberlo conseguido, tras lanzar una mirada a su alrededor, abandonó el taburete de junto a la barra y entró en una de las cabinas telefónicas.

Disco.

—Embajada de los...

—Soy Burton —dijo.

—¿Importante...?

—Sí, así es. Quiero hablar con el embajador en persona.

Siguieron unos segundos de silencio, que se cortaron de un modo brusco.

—El embajador está muy ocupado en este momento, Burton. Vuelva a llamar dentro de una hora.

—Y se habrá perdido todo... si no me decido a obrar por mi cuenta, ¿comprende?

Un nuevo silencio y la misma voz respondió:

—Espere un momento, muchacho; veré lo que puedo hacer.

—Haga hasta lo imposible, o declinaré toda responsabilidad de lo que suceda en Washington —repuso Burton.

Un par de minutos más tarde, oyó la voz conocida de míster

Larry St. Johns, embajador de los Estados Unidos en París.

—Burton, ¿verdad?

—Sí, así es. Perdí a la muchacha.

—¿Isabelle...?

—Sí, así es.

—Yo de usted no me preocuparía por eso.

—¡Ah!, ¿no?

—Por supuesto sí...

—Ella tiene el micropunto, ¿comprende?

Era el embajador una personalidad, pero la maldición que oyó Burton, podía más bien proceder de la boca de un conductor de diligencias del viejo Oeste que no de la suya propia.

—¿Cómo, cuernos lo sabe?

—Ella misma me lo dijo en cierta ocasión.

—¿Qué...?

—Es así, embajador... cosa que ya le explicaré más despacio, si tengo tiempo para hacerlo, o si no me matan antes. ¿Qué debo hacer?

—Siga el plan «B».

Era la muerte, era la orden de matar, de eliminar estorbos y a pesar de estar versado en aquellas lides, se estremeció sin poderlo evitar.

—¿En cuanto a la muchacha judía...?

—Trate de encontrarla... si es que ella no va a verle al hotel... y que no le ocurra nada. Es... importante para nosotros, por varias razones, además del micropunto... Lo que no llego a comprender es...

—¿Por qué a mi hotel? —preguntó Burton, interrumpiéndole.

—Puede ir a buscarle a usted.

Burton pensó rápidamente antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Qué hago con Von Strasser?

—El plan «B», Burton. Ya se lo dije. Por tanto, ¡mátelo!, si es cierto que *mademoiselle* Dupré tiene el micropunto en su poder.

Burton no respondió y no por falta de ganas, sino porque desde la Embajada cortaron la comunicación.

¡Mátelo!

La palabra resonaba en su mente, golpeándosela con la misma

fuerza que un martillo pilón.

Isabelle, que podía o no ir al hotel en su busca... ¡Qué iría! Ahora ya no tenía la menor duda.

Se podía decir que ya no le ofrecía nada la menor duda; que tenía la certeza de saber cómo había ocurrido todo y por qué. Y al llegar a ese punto de sus pensamientos, recordó a Stella Sterling y sonrió, por lo que volviendo a tomar el auricular, marcó ahora el número del hotel Parisiën.

Pero lo mismo que la vez anterior, la muchacha no se encontraba allí, ni tampoco en el bar. Sencillamente, no la habían visto... o quizá no la conocieran, cosa que sería extraño de todo punto.

Burton abandonó la cabina y salió a la calle.

Empezó a andar, pero sus pensamientos no se encontraban ahora ni mucho menos centrados en Stella; ni siquiera en Isabelle.

Pensaba en Mireille y en su brutal asesinato. Pensaba en todo cuanto le dijeran la noche antes desde la Embajada, cuando se encontraba en la mansión de la judía.

Pensaba, también, en un alemán llamado Von Strasser... y en un americano.

Un americano llamado Murdock.

De allí arrancó todo aquello.

Burton detuvo un taxi, subió, y dio la dirección, dejando para más tarde la visita al hotel donde se hospedaba.

Una visita que iba a ser la última, según pensaba en aquel momento.

—A la Explanada de los Inválidos —dijo.

Cerró los ojos tan pronto como el taxi se puso en marcha, y ya no los abrió hasta que notó cómo se detenía.

—L'Esplanade des Invalides, *monsieur*.

Burton pagó, dio las gracias, descendió del taxi, con disimulo, pasó la automática de la funda de la axila al bolsillo de la americana, y empezó a andar.

Entraban y salían en la galería, por lo que se dijo a sí mismo que el portero, caso de que alguien le preguntara, jamás llegaría a recordar su fisonomía ni su tipo.

¿Un americano...?

Sí, podía ser, pero extranjeros entraban muchos allí. No, desde

luego, no le recordaría.

Empezó a ascender por las escaleras, y unos minutos más tarde se encontraba en la sala donde conociera a Murdock, pero a él no le vio.

Lentamente, tratando de orientarse, Burton buscó la puerta que daba acceso a la habitación donde fuera recibido por René. No sabía lo que iba a encontrar allí, si es que encontraba algo, pero deseaba registrarla detenidamente antes de darle el toque final a todo aquello.

Casi la alcanzaba, cuando frente a él la vio abrirse y en un tris estuvo de echarlo todo a rodar, cuando la sorpresa que experimentó le dejó inmóvil por unos segundos.

Cuando reaccionó, Burton se ocultó tras una de las columnas, pensando que ya no hacía falta entrar en aquella habitación; que si en verdad alguna vez hubo algo interesante respecto a René, y tal vez del propio Murdock, acababa de desaparecer.

Esperó, hasta que el relativo peligro para él hubo pasado y entonces, dando media vuelta, buscó la salida posterior.

Seis o siete minutos más tarde estaba en la calle.

CAPÍTULO XI

Justo en el momento en que abandonaba las galerías por la puerta trasera, Murdock se estaba acercando a la principal, procedente de la Explanada que, sin solución de continuidad, comunicaba con la calle de Constantine.

No llegó.

De los dos, fue Silver el que le abordó cuando se colocó a su lado, justo en el momento en que iba a empezar a subir los escalones que daban acceso a la entrada.

—¿*Monsieur* Murdock? —preguntó.

El americano se detuvo y le miró a los ojos.

Un francés, pensó, dando la respuesta:

—Efectivamente, yo soy.

—¿Tendría la amabilidad de venir conmigo?

Murdock arqueó una ceja.

—¿Adónde?

—¡Oh, *monsieur*! —repuso Silver—. Es sencillo. Cierta dama quiere hablar con usted, en aquel coche.

El «Citroën» pintado en negro.

Murdock ladeó la cabeza para mirar y le vio allí, desembocando por una de las callejas adyacentes a la Explanada y volvió los ojos al francés.

—¿Qué quiere de mí?

—Hablar. De cierto lienzo... Et bien, *monsieur l'américain*, será mejor que me acompañe.

Murdock le miró atentamente; no parecía tener arma alguna, pero el recuerdo de lean y el de la desaparición de René, por cuyos motivos se había visto obligado a presentarse un par de veces a la Sûreté, le atenazó.

Miró el coche.

El «Citroën» se había detenido, y el rostro hermoso de una mujer

le sonreía desde el interior.

Luego fue una mano la que le llamó... y avanzó poco a poco hacia allí, sabiendo que quizá aquélla era la única opción que tenía en aquel momento.

Detrás suyo, también mirando a todos lados, Silver le fue a la zaga.

Murdock se detuvo junto a la portezuela que acababa de abrirse.

Unos muslos largos, morenos, perfectos, unos *shorts* y algo más... mucho más convincente que cualquier incitante belleza femenina, porque desde el asiento trasero, Denise le apuntaba con una automática.

—Suba, mister Murdock —dijo, sin acento extranjero alguno—. Voy a invitarle a dar un paseo.

—¿Y...?

—¿Sube?

La voz provenía de su espalda, de Silver, y Murdock obedeció en silencio.

El «Citroén» se puso en marcha tan pronto como Silver tomó asiento frente al volante, y de los tres, fue la propia Denise la que rompió el silencio, mientras dejaban atrás la calle de Constantine, siguiendo por el Boulevard des Invalides.

Y lo hizo con una pregunta:

—¿Sorprendido?

—Sí, un poco, *mademoiselle*.

—Llámeme Denise, ¿quiere?

Murdock se encogió de hombros.

La pistola de la bella rubia no perdía ni uno solo de sus movimientos.

—¿Y bien, Denise...?

—Un lienzo; la pintura de una mujer.

—¿Y...?

—La recuerda, ¿no?

—Claro, se expuso en mi galería. Ese pintor, René, fue quien hizo el retrato, y la modelo...

—Hábleme de René.

Murdock pensó rápidamente.

—¿Qué desea saber?

—Todo.

—Muy poca cosa. Casi nada. Era un hombre al que le gustaban las mujeres.

—Y los micropuntos —cortó ella—. En eso, las mujeres perdían, *monsieur*. ¿Dónde lo puso?

—¿Dónde puso el qué?

—¡El micropunto!

Murdock notó que empezaba a transpirar.

—Escuche, Denise. —Y su voz era fosca—. Creo que al abordarme a mi equivocó el camino. Para ese cuadro me limité a buscar una modelo, y a presentársela a René, cuando unos extranjeros, entre ellos un alemán, vinieron a encargarme un cuadro con ciertas características.

A Denise le constaba que estaba diciendo la verdad, ya que fue Von Strasse el que se puso en contacto con René y con el hombre que la miraba serenamente, sin un parpadeo, y con gotitas de transpiración en la frente.

—¿Nada más?

—Ahí terminan todos mis conocimientos. Está sufriendo un error.

—Hablando de micropuntos, míster Murdock —cortó ella, hablando siempre en inglés—, ese cuadro tenía uno. No sé en qué parte, pero René recibió un montón de dólares, en billetes, por ponerlo en el lugar en que se le dijo... y no fue así. Murió por eso. Dígame, Murdock, ¿qué hizo con ese micropunto? ¿Dónde lo puso o dónde lo vendió, si es que fue así? Usted lo sabe.

—¿Cómo está tan segura de eso?

Denise no contestó a su pregunta, pero sí dijo:

—Hace unos instantes, mon *chéri*, estuve registrando la habitación de René. El lugar donde posaban sus modelos, para que él las pintara, ¿comprende?

—¿Y...?

—Terminaba de salir de allí, empuñar el volante y acercarme a la Explanada, cuando le vi hablando con Sil ver...

—¿Qué encontró en la habitación de René?

—Nada.

—¿Y eso...?

—Si me deja terminar, se lo explicaré. —Hizo una ligera pausa y añadió en vista de que Murdock no la interrumpía—: Nada, mon

petit. Denise no encontró absolutamente nada... ni un solo dólar de los que recibió por pintar el cuadro.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Pudo guardarlos en cualquier parte. En su casa...

—Tampoco están allí. Ni en un Banco. Denise verificó eso. Los escondió bien, a no ser que usted...

Fue en aquel momento cuando Murdock se lanzó contra ella. A continuación, hubo un taponazo y, lo mismo que un saco, Murdock se desplomó hacia delante y Denise le ayudó a caer al fondo del coche.

Silver ni siquiera se estremeció, y eso que se encontraba conduciendo casi por el centro de París.

En la parte de atrás, con una frialdad aterradora, Denise tomó la manta que tenía bajo sus pies, la colocó cuidadosamente sobre el cadáver y ordenó:

—Déjame por aquí, Silver. Nos veremos esta noche en la casa. El cadáver puedes llevarlo allí, para que les haga compañía a los otros dos.

Y ni por un solo segundo pensó que aquel nuevo crimen había sido absolutamente innecesario.

Burton entró en el hotel tres cuartos de hora más tarde, escudriñó el *hall* desde la puerta y luego fue directamente al bar.

Miró.

Nada; todo parecía normal y correcto.

Pensó en Stella Sterling, cuando dio media vuelta y se encaminó hacia uno de los ascensores.

A su espalda. —Él no lo sabía, no le conocía—. Bart estaba allí, en la barra, frente a un vaso de *whisky*.

Bart, el hombre que no hacía mucho estableciera contacto con Isabelle, esperó un minuto, tal vez un minuto y quince segundos, abandonó la barra y fue a una de las cabinas telefónicas.

Disco.

En el interior de la *suite* que ocupaba Burton en el hotel, el timbre del teléfono repiqueteó largamente, pero nadie respondió a su llamada.

Bart suspiró satisfecho. Stella Sterling todavía no se encontraba allí.

Con el auricular en la mano esperó un poco más, observando la

esfera de su reloj, calculando el tiempo que Burton tardaría en llegar, y volvió a marcar.

Justo en aquel momento, el agente de la CIA cerraba la *suite* a su espalda, y empezaba a andar hacia el *living*.

Apretó el paso, con el ceño fruncido; tomó el auricular y lo levantó.

—¿Sí...?

—¿Jeff Burton?

No conocía la voz, no la había oído nunca, pero sin saber por qué, se envaró.

—¿Usted qué cree? —preguntó a su vez.

Al otro lado del hilo, Bart sonrió.

—Ya no creo nada —respondió—. Ahora, si quiere un cigarrillo, baje al bar. Le esperaré.

Los nervios de Burton se atirantaron.

—Nunca los uso.

—¿Escocés entonces?

—No bebo.

—En ese caso, ¿qué hace? Se entretiene con faldas.

—Sí, posiblemente sí, aunque no creo que eso le importe mucho a usted.

—Correcto, no me importa... aunque quiero que hablemos de una.

Burton fue el que sonrió ahora. El contacto, el último contacto de su misión, acababa de establecerlo. Estaba esperando, quizá en el interior del mismo hotel.

—Informe —dijo.

—Me llamo Bart, y vi a la *petite parisién*. A Isabelle.

—¿Y...?

—Es el final.

—Continúe, Bart.

Al otro extremo de la línea, en el interior de la cabina, mientras que a través de la encristalada puerta observaba la entrada y salida de los clientes, Brat Morris empezó a hablar.

Al terminar, Burton sólo comentó:

—Ya sabía todo eso, Bart. Todo, excepto el camino a seguir para abandonar París. Gracias.

—Supuse que era así. —Hizo una ligera pausa y preguntó—:

¿Alguna aclaración?

—No, nada más.

—Suerte, Burton.

Ni siquiera tuvo tiempo de volver a dar las gracias, ya que Bart cortó la comunicación. Burton hizo lo propio, miró a su alrededor, introdujo la mano en la funda sobaquera, comprobó la carga de la automática y la depositó en el bolsillo de la chaqueta, pensando.

Ahora a esperar. No sabía cuánto tiempo, si minutos u horas, pero fuera lo que fuese, ya habían empezado a quemarse los últimos cartuchos de aquella misión.

Se acercó lentamente al lugar donde tenía los licores, tomó una botella de *whisky* y escanció licor.

Terminaba, cuando hasta sus oídos llegó el sonido del zumbador de la puerta.

Burton soltó el vaso sobre la mesita y fue a abrir.

La curva de los pechos era la misma de otras veces, y también las piernas, que la corta minifalda dejaba al descubierto... y ya no tuvo tiempo para más observaciones, ya que ella le cayó en los brazos; notó el tibio calor de su cuerpo aplastado contra el suyo, y llevando las manos a su cintura, correspondió a la ardiente caricia de sus labios. Luego, un minuto más tarde, sin soltarla de la cintura, la llevó hasta el *living*.

—¿Quieres tomar algo?

Ella miró el vaso que él tenía sobre la mesa.

—Un *whisky* —dijo—. Lo mismo que tú.

Se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra. La minicombinación era negra, pero Burton ni siquiera la miró; dio media vuelta, preparó la bebida y regresó a su lado.

—Apúrate, Stella, que nos vamos.

Con el vaso en la mano, le miró, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué nos...?

—Ahora mismo —cortó Burton—. Tengo el micropunto.

Silencio, largo y pesado...

Stella lo rompió, quizá un tanto nerviosamente:

—¿Aquí? —inquirió.

—¿Sobre mi cuerpo? No, querida, ni mucho menos —señaló el teléfono—. Unos segundos antes de que llegaras, recibí la información necesaria... sobre lo que debíamos hacer. Tenemos que

irnos... pero antes vamos a por ese micropunto.

—¿Pero...?

—Isabelle Dupré, querida. Ella lo tiene, y vamos a recogerlo.

Siguió un nuevo silencio, mientras Stella se llevaba el vaso a los labios. Bebió un poco, y al terminar preguntó:

—¿Isabelle? ¿Te refieres a la modelo?

—Cierto, querida.

—Siempre... siempre sospeché que tenía algo que ver pero... pero... no que lo tuviera. ¿Dónde?

Burton sonrió, mientras Stella se ponía en pie.

—En uno de sus senos, querida. Precisamente en el derecho, en el único que apenas se entrevé, debido a la blusa que lo cubre. Ella... me dijo en una ocasión que durante las sesiones que dio posando, se durmió un par de veces. Entonces fue cuando René, obrando por cuenta propia, se lo puso a ella. Sospecho que en el café o en cualquier bebida, la drogó, y aprovechó ese momento para...

—¿Cómo estás tan seguro, Jeff?

—Es sencillo: Isabelle, si no es modelo profesional, sí ha posado muchas veces, querida, y jamás se durmió. Por otra parte... —Y volvió a señalar el teléfono—, los últimos datos me los han dado por ahí. ¿Nos vamos?

Stella tomó nuevamente el vaso y apuró el resto del licor de un sorbo.

—Cuando tú quieras, Jeff —dijo.

Y el agente de la CIA la enlazó por la cintura, haciéndola girar hacia la puerta y al enfrentarla, Stella lanzó un ligero grito, llevándose las manos a los senos, conteniendo la respiración.

CAPÍTULO XII

Eran dos, y ambos tenían las automáticas en las manos.

—Será mejor que se esté quieto, Burton, o morirá aquí mismo.

—Von Strasser, ¿verdad?

El alemán le mostró los dientes de lobo en una sonrisa, mientras sus ojos iban hacia los de Stella.

—No se aparte de él, *fräulein* —dijo fríamente—. *Monsieur* Silver, aquí presente, va a ayudarnos a salir.

—¿Adónde? —inquirió ella.

—A un lugar del que no se vuelve... si hacen alguna tontería.

Se acercó, evitando cruzarse con la línea de tiro del francés, introdujo la mano en el bolsillo de la americana de Burton y le arrebató la automática, pistola que pasó a su bolsillo.

Se volvió a mirar a Stella y preguntó:

—¿Lleva algún arma, *fräulein*?

—No en el bolso —dijo ella—. Ni tampoco en los elásticos de las medias, querido. Y puede comprobarlo si lo desea.

El alemán no lo hizo.

—No es mi especialidad —respondió, con un deje de ironía en la voz—, pero le diré a Silver que tenga cuidado con usted. ¡Vámonos!

Burton fue el que respondió:

—¿Puedo saber dónde me...?

—Lo sabrá cuando lleguemos, Burton —cortó el alemán—, pero de antemano, le pido que no haga nada que no me guste. El matarle ahora y aquí, sería para mí un placer. Vamos.

Empezaron a andar hacia la puerta, llevándoles detrás, notando Burton contra el suyo, temblando, el hermoso cuerpo de Stella.

—¿Qué intenta hacemos, Von Strasser? —preguntó Burton, cuando ya casi la alcanzaban—, ¿eliminamos?

—Nada de eso. Voy a llevarles a un lugar seguro. Fuera de la circulación, por unas horas. El tiempo que nosotros empleemos para

ir a buscar a esa muchacha. A la judía, ¿comprende? Usted mismo dijo dónde se encontraba el micropunto. Silver y yo le oímos desde aquí mismo. Puedo decir que entramos poco después de que lo hiciera fraülein Stella.

No respondió.

Por delante de ellos, Silver estaba abriendo la puerta de la *suite*. Luego, se asomó un poco al pasillo, ya con la pistola en el bolsillo, pero sin soltarla e hizo una seña a Von Strasser.

—No hay nadie. Pueden salir —dijo.

Lo hicieron, pasillo adelante, sin armas a la vista, el alemán y el francés, pero aquello no significaba nada para el agente de la CIA.

Las armas estaban en los bolsillos, y a través de las telas, no perdían ni uno solo de sus movimientos.

La puerta posterior del hotel, la calleja y un poco más allá, el «Citroën» pintado en negro.

—Aquél es el coche, vamos, caminen —indicó Von Strasser.

Ninguno de los dos contestó.

Subieron, y el coche se puso en marcha.

Un poco más allá, un oscuro y largo «Pontiac» pintado en negro, se despegó del bordillo y empezó a seguirles.

Un «Pontiac» americano, con matrícula francesa.

Dos horas más tarde daban vista, primero, al camino lleno de baches y luego a la casa. Una casa que Burton no había visto; no así la muchacha que llevaba a su lado, apretada contra él, como si deseara que ambos se fundieran en uno solo.

El «Citroën» se detuvo y Von Strasser rompió el silencio:

—Baje usted primero, Burton.

El agente lo hizo, seguido por Silver, pistola en mano, que se apartó un tanto, mientras que Stella y Von Strasser le imitaban.

—Y ahora...

—Silver abrirá la puerta —repuso el alemán—, y entraremos.

No respondió.

Esperaba.

Y fue Silver el que indicó que avanzaran, tan pronto como abrió la puerta y hubo encendido las luces.

—Vamos, entren.

Burton lo hizo detrás de Stella, y se detuvo en el centro de lo que pudiera llamarse el *living*, con los ojos fijos en el muro

reparado, y en el marco nuevo de la puerta que daba acceso a una de las habitaciones.

Esperando a que cerraran la puerta.

Hasta que oyó el girar de la llave en la cerradura y entonces, sin, mirarles, caminó hasta uno de los viejos sillones y se sentó. A su lado, Stella lo hizo en el brazo del susodicho sillón, pero en contra de lo que esperaba, el de Burton no se ciñó en su cintura.

—Levántese, Burton. —La voz de Vos Strasser era papel de lija —. No es ahí donde debe estar, sino en aquella habitación.

Burton no se movió; simplemente se limitó a formular una pregunta:

—¿Qué es eso del muro, Von Strasser, una bomba de plástico encerrada en un lápiz de labios, o se cayó por sí solo?

Hubo unos segundos de silencio y Stella se puso en pie de un salto, se apartó de él un par de pasos y preguntó:

—¿Qué... qué...?

—Que se terminó el juego, *ma chérie* —repuso Burton, siempre sin moverse del sillón—. Un juego en el que yo también tengo cartas, Von Strasser, ¿comprende? ¿Qué fue lo que le ocurrió, en realidad, a Stella Sterling?

Hubo un ligero grito y la rubia se apartó aún más de él, mientras el rostro de Von Strasser se helaba.

—¿Qué diablos...?

—Ella vino aquí o la trajeron, ¿verdad? Luego ocurrió algo y se vio obligada a tirar al suelo el lápiz de labios, que seguramente llevaba en la mano. La explosión hizo eso de ahí. Se llevó medio muro y algo más. A ella misma, ¿no? —Miró fijamente a la rubia y añadió, antes de que ninguno pudiera pronunciar palabra—: Identifíquese, ¿quiere? Eso fue lo que le dije a usted, *mademoiselle*, ¿recuerda? ¿Recuerda también la respuesta que me dio? Venía directamente de aquí, aunque esto son sólo sospechas por parte mía. Por eso estaba tan destrozada. Dígame, ¿qué le ocurrió a *miss* Sterling?

Ella se acercó a Von Strasser y sus ojos bellos, pero ahora completamente helados, le examinaron de pies a cabeza.

—Fue así —dijo entre dientes—, pero tuvo mala suerte, si bien se llevó por delante a dos de mis hombres. A mí... la onda expansiva me lanzó fuera, por el hueco del muro y cuando me

recobré la petite estaba muerta, junto a una destrozada silla.

—¿Dónde está su...?

La risa de ella le interrumpió.

—Hay un incinerador en el sótano, *monsieur* Burton, donde irá a hacerle compañía dentro de poco.

—No estoy tan seguro de eso, *mademoiselle*.

—¿No? —preguntó Von Strasser, mediando en la conversación.

—Desde luego que no. ¿Y saben por qué? Por el micropunto. Sólo yo sé dónde está.

—Usted dijo...

Burton soltó la carcajada y añadió, al terminar:

—Era un juego, Von Strasser. Sabiendo que ella no era ni mucho menos Stella Sterling, es fácil decirle a otro lo que este otro u otra desea oír, ¿no?

—¿Cuándo... cuándo empezaste a sos...?

Burton la interrumpió con un gesto.

—Desde el primer momento, pero no tenía certeza alguna. Tu falta de identidad. —La tuteó— podía ser cierta por el motivo que explicabas, pero luego... te llamé varias veces a la *suite* que yo ocupaba en el hotel Parisiën, y no estabas. Mis sospechas se acrecentaron. Empecé a anudar cabos y llegué a la conclusión de que lo que sospechaba era cierto. Luego, esta misma noche, hablé por teléfono, con mi último contacto en París, y él confirmó mis sospechas.

Y pensaba en Bart, cuando pronunció aquellas palabras finales.

—¿Qué hay de ese micropunto?

Desvió los ojos hacia Von Strasser.

Silver, un poco más allá, con la espalda apoyada en la pared, no dejaba de apuntarle.

—No lo tiene Isabelle Dupré. Fue un bluff, con objeto de que actuaran como acaban de hacerlo.

Von Strasser dio un paso hacia él.

—¿Dónde está, Burton? Vamos, hable.

—Eso es algo que no voy a decirle.

—¿No...? —intervino Denise—. No, puede que no, pero sea como fuere, no saldrá vivo de aquí. Luego iremos a por la muchacha. Puede que... sea ahora cuando mientes... Puede que no, pero en ambos casos, esa judía tendrá que someterse a un

reconocimiento. Tenemos medios para hacerlo. Vamos, Burton, póngase en pie. Creo que en esa habitación estará mucho mejor.

Burton no se movió.

Simplemente se limitó a hacer una proposición:

—Podemos llegar a un acuerdo, *ma chérie*.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Usted me dice que contiene ese micropunto, y yo, puede que me decida a decirles algo más, con respecto a ese mismo micro...

—¿Se está burlando?

—No, ni mucho menos.

—Ese micropunto contiene una grabación exacta de...

Justo en aquel momento ocurrió lo inesperado para el trío, aunque no para Burton.

—Si no le molesta, *ma petite*, se lo diré yo.

La maldición en alemán de Von Strasser no le sorprendió, porque la esperaba.

También el movimiento que hizo, secundado por Silver, en tanto que Denise se llevaba la mano a los elásticos de las medias y entonces se lanzó de cabeza al otro lado del sillón, cuando ya la estancia se convertía en un antro de Satanás, entre estampidos de disparos y olor a cordita quemada.

Luego, tan rápidamente como había comenzado, todo terminó.

—Vamos, *mon amour*, sal de ahí, que todo ha terminado.

La voz de Isabelle.

Burton se puso en pie, abandonando la protección que le brindaba el caído sillón y la vio.

Junto a la puerta, con una automática en la mano, y frío e impasible, con una metralleta entre las suyas, la figura de Bart.

—Vámonos. No me gustaría que alguien venga... si es que se han oído los disparos —dijo.

Burton no respondió; tampoco quiso mirar los tres cadáveres que había en el suelo y salió, llevando a Isabelle detrás, y cerrando la marcha iba Bart, que empuñó el volante del «Pontiac».

Ya en la carretera, al lado de ella, en la trasera del coche, Burton preguntó:

—¿Qué contenía ese micropunto, Isabelle?

—Todo un vasto plan de operaciones en Camboya. En Vietnam, lugares de infiltraciones comunistas; dónde se esperan nuevos

ataques y el porqué de las violaciones del alto el fuego... y sobre todo, la grabación completa de las conversaciones secretas en París... que hablan de una posible y nueva intervención de nuestro país en la guerra de Indochina. Con nombres, dirigentes y personajes responsables de que el alto el fuego no haya sido respetado. Todo esto... tomado por una de las secretarías de confianza... que es una agente de la CIA. En el laboratorio se hizo un micropunto y se acordó... ponerlo en un cuadro... o hacer como si se colocaba allí. Esto daría motivo a los demás agentes para tratar de buscarlo, en tanto que nosotros lo sacábamos del país.

—¿Y ahora...?

—No sé lo que ocurrió, Jeff, mon amour. No tengo ni la más ligera idea de dónde lo colocaría René. En el cuadro sé que no está. Ellos... lo hablaron casi en mi presencia, pero...

—Lo tienes tú.

Le miró, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué yo... que yo...?

—Así es —le dijo dónde y añadió—: En los laboratorios de la CIA, en Washington te...

—Eso sólo son suposiciones.

—Sí, puede ser, pero ahora no tenemos tiempo para averiguar si son o no ciertas, *ma chérie*. —Hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Dónde vamos?

—A mi casa. Hay un hangar...

—¿Qué...?

—Hay un hangar detrás, bajo los árboles, oculto, camuflado, y por eso no lo has visto.

—¿Y...?

—Nos están esperando. —Cerró los ojos y prosiguió, como hablando consigo misma—: Para mí es un milagro. En el hotel... tropecé con Von Strasser y... en sus habitaciones hubo besos y champaña.

—¡Isabelle!

—Hubo besos, champaña y un abrazo... lo que me permitió poner unos polvos en su copa, que llevaba en este anillo. Se durmió... y luego, al ir a salir entró Denise. Antes de reanimarlo... miró en la habitación. No entró... si lo hubiera hecho... Yo tenía el revólver 22 en la mano, pero no hizo falta. Luego estuvieron

hablando y más tarde salieron, el uno detrás del otro. Ella, a la *suite* que tú ocupabas, y Von Strasser en busca de Silver. Esperé, vigilando junto a Bart, hasta que os vimos salir. El resto... es fácil.

Hubo un ligero silencio, que Burton rompió:

—En realidad, Isabelle, ¿quién eres tú?

—Una judía... que, además, es jefe del servicio de espionaje norteamericano en Francia. Es decir, era... Ahora...

—¿Qué...?

—Ahora... estoy pensando en si merece o no la pena continuar a tu lado, mon *chéri*.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Tal vez... si me das un beso y no eres muy bruto, ya que Bart lleva el volante y al verlo, puede perder el control, te diga que sí... que me quedo contigo.

Burton no tuvo tiempo de responder, porque Isabelle estaba tomando la iniciativa.

Sonriendo, Bart apartó los ojos del espejo retrovisor y miró la carretera. Un poco más allá, muy cerca, la quinta de Isabelle...

Setenta y dos horas más tarde, la Central de la inteligencia sabía que las sospechas de Burton eran acertadas. Isabelle Dupré llevaba el micropunto exactamente donde él había indicado.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

